

Selecta

Kathia Iblis

*Un truhan
a tus pies*

El corazón de un libertino 111

Un truhan a sus pies
El corazón de un libertino III

Kathia Iblis

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos. Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

*Cuando el amor llega a tu vida, si es verdadero, te cambia...
Hace surgir lo mejor de ti y, al mismo tiempo, nos vuelve vulnerables, transparentes.
Le muestra a la otra persona cada uno de nuestros defectos, y aun así, seguimos siendo
amados.*

Siempre hay un roto para tu descosido.

*Para todos aquellos rotos que no se dan por vencidos en el amor.
Él llegará a ti.*

*No hay nada que no haga por quienes son
mis verdaderos amigos. No tengo noción de amar a medias,
no es mi naturaleza.*

La abadía de Northanger, Jane Austen

*No es lo que decimos o pensamos lo que nos define,
sino lo que hacemos.*

Persuasión, Jane Austen

Prólogo

Londres, 1855

La pequeña Amelia Thompson observó con cierta reticencia al hombre vestido íntegramente de negro pero que portaba un chistoso saquito corto por sobre su ropa, diferente a cualquier otra cosa que ella hubiese visto usar a su padre. Desde su llegada, hacía una semana atrás, siempre insistía en pasar tiempo con ella, lo que la ponía muy nerviosa. No era que él fuese malvado porque, en realidad, era totalmente lo opuesto. Se mostraba siempre muy amable, pero ella, en su sabiduría infantil, intuía que había algo más que mera curiosidad por la pequeña huérfana que entonces residía en la aristocrática mansión Chamberlaine.

—¿Te aburres, Meli? —le preguntó el hombre, llamándola por aquel cálido apodo que él mismo había escogido para la pequeña.

—No, señor —susurró con precaución. Aunque sabía que él no la amonestaría por hablar alto, no quería volver a sentir la vara de abedul de la vieja Antoniette sobre su espalda. La mujer parecía siempre saberlo todo, aunque ella sabía que eso no era posible porque no era una mamá como lo había sido la suya, sino una vieja pasa de uva... Quizás sí fuese una bruja, como susurraban las ayudantes de cocina cuando creían que nadie las escuchaba.

—Sabes que puedes llamarme, tío. ¿No?

—Sí, señor, pero... —Al instante calló, pues no quiso decir una impertinencia. Su mamá le había enseñado que puertas para adentro y con la familia una podía ser tan sincera como quisiera, pero en aquel momento, en el que sus padres ya no estaban, ella ya no podía portarse de esa manera... tenía que ser una «perfecta flor inglesa» o, de lo contrario, nunca nadie jamás la amaría.

—Meli, cuando nosotros estemos a solas, quiero que seas brutalmente sincera conmigo. ¿Lo comprendes? —Su mirada se volvió suspicaz, y luego de beber un pequeño sorbo de té, la observó con detenimiento antes de volver a hablar—. Nadie nos puede oír. Absolutamente nadie.

—¿Ni siquiera las brujas?

Archivald Thomas Chamberlaine, arzobispo de Canterbury, por primera vez en décadas, se encontró con serias dificultades para no reír a carcajadas. La inocencia de la pequeña era un cambio refrescante para alguien de su oficio y estaba agradecido por ello. Definitivamente el haber permitido que sus padres la criaran en el campo, lejos de la decadencia de la ciudad, había sido la mejor decisión que pudo haber tomado.

—Ni siquiera ellas, Meli.

—¿Prometido? —Y la pequeña elevó el dedo menique de su mano derecha y se lo ofreció, a lo que el hombre se apresuró a enlazarlo con el suyo para sellar la promesa.

—Entonces..., ¿me dirás?

—Antionette dice que es una falta de respeto decirte «tío abuelo» porque, excepto por la familia real, eres la persona más... importante e influyente de toda Inglaterra —soltó a bocajarro la pequeña sin dudar—. Y que si no ando con cuidado, Dios me va a castigar por ser mala. Que por eso se llevó a mami y a papi.

El rostro del hombre se tensó ante las palabras de la niña, pero se aseguró de mantener un férreo control sobre su temperamento cuando, en realidad, lo único que deseaba hacer era darle una lección a la venenosa Antionette.

—No, Meli. Ellos se marcharon porque era su momento. Sé que no lo entiendes, pero tus padres siempre van a estar contigo... aquí. —Y se señaló el pecho, en el lado del corazón—. Tú eres una niña maravillosa, y no podría estar más orgulloso de que seas mi sobrina.

—¿Lo soy? ¿Me quieres?

—Claro que sí, Amelia. Recuérdalo siempre. —En ese momento, el hombre se quitó uno de sus anillos y, aunque era muy grande para la mano infantil, se lo ofreció a la niña—. Este es el sello de nuestra familia...

—Pero yo soy Thompson.

—Eres familia. Llévalo siempre contigo, pero... no le cuentes jamás a nadie que lo tienes. ¿Comprendes? Será nuestro secreto —le susurró el hombre y le guiñó un ojo—. Un día, dentro de muchos años, cuando me necesites, lo usarás...

—¿Cómo?

—Cuando ese momento llegue, te aseguro que lo sabrás. —Depositó el tesoro en la pequeña palma y luego le besó la frente a modo de bendición—. En la mañana, cuando despiertes, yo ya no estaré. Debo partir a cumplir con ciertos asuntos oficiales, Meli, pero siempre que esté en la ciudad, vendré a visitarte. Y sí, lo prometo.

Aunque nunca nadie se lo explicó a Amelia, al día siguiente *madame* Antionette había sido reemplazada por la rubicunda y amable señora Fanny, y todos los habitantes de la casa supieron que lo que fuera que se hubiese hablado en esa habitación había sido la causante de ello. Bien podría tratarse de una niña de apenas siete años, pero que tenía a uno de los hombres más poderosos del reino como protector era algo que jamás debía ser tomado a la ligera.

Capítulo 1

De Warrenne Hall, Londres, 1870

Cumpleaños de lady Emmeline De Warrenne

Lady Amelia Thompson suspiró con cierto pesar mientras observaba a la más controvertida pareja de la temporada, su buena amiga Calíope Forrester y su marido el duque de Warwick, danzar en la atestada pista de baile. Aunque había huido para contraer nupcias en Gretna Green, y Su Real Majestad aún estaba algo molesta por ello, la amistad entre la reina y la abuela del duque había ayudado a suavizar las cosas, en especial cuando se le informó que la familia estaría más que honrada si ella quería ser la madrina del primogénito. Ni siquiera la reina Victoria era capaz de mantenerse indiferente ante semejante ofrecimiento. Así que, con su beneplácito, solo ordenó que una boda, como correspondía a un par del reino, debía ser llevada a cabo a la brevedad. A la cual ella, por supuesto, asistiría.

Meli supo que las cosas no habían sido tan calmas como todos creían e hizo falta más de un encuentro entre la abuela de Alexander, que incluyó en variadas ocasiones a Desdémona, para que Su Majestad diera el brazo a torcer.

Llegado el caso, Amelia no hubiese dudado en solicitar la ayuda de su tío. Sabía que él poseía la suficiente influencia como para convencer a Su Majestad de darle su bendición a una pareja que, era más que obvio, estaban hechos el uno para el otro. Pero al final, todo pareció llegar a buen puerto, y ella no podía sentirse más que feliz por ello.

Su mente, de inmediato, viajó al dibujo en el que había estado trabajando unas horas antes. Solo esperaba lograr terminarlo para antes de la boda. Era de aquel baile, cuando Cali y Alex bailaron juntos por primera vez. Aunque, en aquel entonces, era imposible no notar la conexión entre ambos... incluso si había sido un tanto explosivo al comienzo.

Sonrió ante el recuerdo que, en cierta forma, le producía una sensación agridulce, porque se superponía con la única memoria vívida que tenía de sus propios padres. Verlos bailando en la biblioteca de la casa de campo, al ritmo de una canción que solo ellos podían oír mientras él le susurraba cosas en el oído a su madre, y ella riendo en respuesta.

La tristeza se instaló en su corazón... Ella quería eso. No le importaban los títulos ni el dinero, ella lo tenía por montones gracias a los inteligentes negocios de su tío. Solo quería amar y ser amada. Y no por las conexiones que pudiera brindarle a su futuro marido, sino por ella misma.

Pero sabía que eso jamás ocurriría.

Tan perdida estaba en sus pensamientos que no notó cuando Cali y Alex se le acercaron.

—Amiga, ¿crees poder distraerlas lo suficiente como para que podamos escabullirnos del festejo? —le susurró la joven mientras su mirada se dirigía de reojo hacia un rincón alejado del salón.

Confundida, Meli siguió la dirección de su mirada y, de inmediato, supo a lo que se refería. Las abuelas de ambos estaban enfrascadas en una intensa conversación y, por la expresión semiconsternada en el rostro de Selene, parecía como si estuvieran planeando un golpe a la monarquía.

—Enviaré a mi cochero para recogerlas, Meli. Tan solo acércate a la puerta y avísale. Él te ayudará a convencerlas de abandonar la celebración —le informó Alexander, y luego de darle un fugaz beso en la mejilla, envolvió un brazo en torno a la cintura de Cali y desaparecieron entre el gentío.

Lady Amelia suspiró. A diferencia de lo que todos creían, ella era muy elocuente... si estaba a solas con personas de confianza, pero en público... ese era todo un tema para ella. Sentía como que su interlocutor la miraba de manera extraña en el momento en que ella abría la boca para decir algo. Luego de años de eso, simplemente decidió que era menos mortificante no hablar y que el otro supusiera lo que se le viniera en gana sobre su silencio. De todas formas, era consciente de los rumores que circulaban sobre ella. Que la única razón por la cual la invitaban a las celebraciones importantes, como la de aquel día, se debía a quién era su tío abuelo. Nadie despreciaba abiertamente al arzobispo de Canterbury. Las pocas personas que conocían realmente su linaje solo se le acercaban para intentar comprometerla con algún hijo o sobrino. Y, en el caso de algunos aristócratas venidos a menos..., se ofrecían como pretendientes. Sin mencionar la incontable cantidad de propuestas indecentes... todo con tal de acceder a los contactos de su familia.

Y Meli los rechazaba una y otra vez. Anhelaba casarse, pero tenía la esperanza de que el hombre con quien eligiera compartir el resto de su vida al menos la quisiera... Nada de pasión, besos robados y un cortejo más veloz que un relámpago. Se conformaba con que existiera afecto por parte de ambos que quizás, con el tiempo, bien podía convertirse en amor.

Volvió a suspirar y se preguntó que podría decir para convencer a las damas de acompañarla a tomar algo de aire a la terraza... Estaban rodeadas de demasiados caballeros, y eso la ponía nerviosa. Si al menos alguna de sus amigas estuviese ahí..., pero Sophie había tenido que partir de urgencia a Escocia, según les había explicado, en una breve carta, por problemas de salud de su abuelo, el laird del clan Cameron, al cual pertenecía por su lado materno. Las hermanas Callahan ni siquiera habían sido invitadas porque no tener «el linaje correcto» y, a pesar de que Lana y Tasia se lo habían prometido, brillaban por su ausencia. Así que todo recaía en sus hombros.

—Por mucho que los observes, ellos no se van a acercar a hablarle a una florero. —La grave

voz masculina susurró junto a su oído, lo que le robó un muy poco femenino impropio que la hizo voltear con tanta rapidez que olvidó que aún llevaba la tarjeta de baile prendida en torno a su muñeca... y la misma golpeó en el rostro al desconocido. Una hazaña que, de no haber estado él inclinado para poder hablarle, no hubiese ocurrido cuando ella se llevó una mano al pecho para intentar calmar los alocados latidos de su corazón.

De inmediato, el rubor trepó por sus mejillas. No supo si por lo pronunciado o por el golpe, pero deseó que el suelo bajo sus pies se abriera para tragarla. Y todo por culpa del traje negro que él lucía, de pies a cabeza, y que incluía un antifaz..., lo que el pequeño Sammy le había comentado hacía unas horas atrás. Sin mencionar los inquietantes ojos de un tono violáceo que jamás había visto en toda su vida. Afortunadamente, su mente pareció olvidar, de forma momentánea, la identidad del desconocido porque, pese a ser consciente de que poseía la información, no lograba hallar la respuesta que buscaba y, en aquel momento, eso era un alivio.

Pero no era lo mismo con lo ocurrido en la tarde. Aunque había sido breve, quedó grabado en su mente... Ella había estado dibujando en el salón de estar de la casa de Cali, pero estaba por marcharse de regreso a su hogar cuando Sammy ingresó al mismo.

—No estés triste, tía. —La voz de Sammy, quien había proclamado a las casi floreros como sus tías, no le sorprendió. El pequeño poseía un sexto sentido que parecía siempre llevarlo a donde fuese que sus palabras fuesen necesarias.

—¿Qué haces por aquí, pequeño?

—Me escapé... Mis primas no dejan de molestar a las criadas... y quieren ponerme moños. —El niño frunció la nariz en pura señal de descontento infantil, lo que logró robarle una suave risa—. Además, el tío te busca.

—¿Alexander? ¿Le ocurrió algo a Cali?

—No. El otro.

—¿El arzobispo ya llegó? —Amelia, de inmediato, se levantó de su lugar junto a los ventanales, y el dibujo quedó olvidado ante la alegría de ir a ver a su tío quien había estado muy ocupado en los últimos meses.

—Sí, pero...

—Gracias por avisarme, Sammy. —Besó la frente del niño y abrió la puerta cuando sus palabras la congelaron en su lugar.

—Él te ama...

—Claro que sí, Sammy. Somos familia.

—No... el otro... el caballero negro. El que tiene un dibujo de un dragón —le dijo el niño, y se escabulló por la puerta entreabierta, pero apenas dio unos pasos que se giró a verla con sus inquietantes ojos celestes pálidos—. Mami también tiene un caballero, pero no sé por qué el pájaro tiene dos cabezas.

—¿Un águila bicéfala?—Amelia sintió que el aire se le congelaba en los pulmones ante

tantas revelaciones juntas—. ¿Un ruso?

—Sí..., pero no le cuentes. —Con lo cual se fue salpicando por el pasillo hasta que desapareció en el interior de las cocinas donde, de seguro, la cocinera y las sirvientas lo malcriarían a más no poder.

—¿Milady? —Sus pensamientos sobre el caballero negro fueron interrumpidos por la voz masculina.

Pero ella tan solo asintió y lo vio enarcar una ceja. Finalmente las palabras del desconocido se registraron en su mente y, frunciendo el ceño, se giró sobre sí misma y se alejó de él a vivo paso. No se le pasó por alto que él pareció seguirla de cerca, así como tampoco el hecho de que lady Selene se alejaba en dirección a la puerta, sospechaba que para ver si lograba lo que Cali y Alex también le habían solicitado a ella.

—Vaya que te mueves rápido para ser tan poca cosita —le escuchó mascullar por lo bajo.

Amelia sintió el impulso de abofetearlo delante de todos los presentes, pero esa no era la manera apropiada en la que una dama debía comportarse, así que apenas si se refrenó de hacerlo y continuó su avance hacia las dos damas. No supo que había estado conteniendo el aliento hasta que sintió cómo liberaba el mismo tan pronto lady Desdémona le sonrió mientras le indicaba que se sentase a su lado.

—Meli, debo decir que estás preciosa esta noche con ese vestido verde —la alabó la dama, lo que le produjo la primera verdadera sonrisa de la noche—. Sé que las muchachas no han podido venir y Cali huyó con Alex... No es que los culpe, siendo que están recién casados... Espero que no te importe tener que soportar nuestra compañía.

—Es un honor, lady Desdémona, lady Clarisse —de inmediato, respondió con voz firme y clara, a pesar de sentir cómo el rubor, de nuevo, se apoderaba de su rostro ante la obvia sorpresa de aquellos que se hallaban en las cercanías. Ella no era conocida por ser la más habladora de las *casi floreros*. De hecho, muchos apostaban que ni siquiera era capaz de hablar con propiedad. Pero, en compañía de las demás, ella se sentía tranquila.

—Y veo que has venido acompañada de un pretendiente. Milord... —Los ojos de Desdémona parecieron brillar con satisfacción ante ello.

—Desi, esos ojos son inconfundibles. ¿O no, milord? —La duquesa viuda de Warwick enarcó una ceja mientras le sonreía con picardía al caballero que entonces se hallaba de pie, demasiado cerca para el gusto de Amelia. Él no le simpatizaba. ¿Por qué no había podido simplemente alejarse como hacían todos cada vez que descubrían quién era ella?

—Damas, me fue imposible apartarme de su protegida. Quedé prendado de tanta belleza que decidí disfrutar de su compañía todo lo que me fuera posible —respondió el caballero, aún sin revelar su identidad, mientras realizaba una reverencia ante las tres damas.

—Te dije que nuestro plan era innecesario. Mira cómo Meli atrajo la atención de un par del reino sin nuestra ayuda —declaró de forma inesperada Desdémona, lo que alarmó a Amelia y le

hizo preguntarse qué tema habrían estado tratando antes de que ella llegase.

—Pero Meli es como nuestra Cali. Una jovencita inteligente y hermosa, no necesita de nuestra ayuda, pero hay otras... ¿Cómo se llama la muchachita peculiar que vimos hace un rato? Que usa esos horrendos guantes marrones cortos... La prima de lady Emmeline...

—¿La señorita Grey? —Meli casi se arrepintió en el instante en que las palabras abandonaron su boca. Ambas damas asintieron con presteza.

—Jamás osaría cuestionar a dos damas como ustedes, pero nadie en su sano juicio desposaría a esa joven. ¿Tenerla como amante? Quizás. Si dejase de vestir de esa manera tan peculiar y se quitase los guantes y ese horrible sombrero marrón. Parece más una mucama que la sobrina de un noble —masculló el caballero mirando con desdén en dirección a donde se hallaba la joven en cuestión, que conversaba con su prima, Emmeline.

—Y precisamente ese es el quid de la cuestión, milord. Es una joven bonita, de facciones delicadas, y sabemos que tiene todas las cualidades de una dama. No tendrá un apellido encumbrado, pero todos sabemos que el viejo De Warenne la adora y estará más que feliz de aportar a su ajuar si el hombre indicado se presenta —declaró lady Clarisse con absoluta certeza.

—Es solo cuestión de darle un pequeño... *empujón* hacia la dirección adecuada y estoy seguro de que, para antes de que termine el año, habremos logrado desposarla de manera más que apropiada —acotó con la misma decisión lady Desdémona.

Amelia las observó a ambas con consternación. Por un lado, agradecía no ser la víctima de sus planes y, por el otro, sabía que si ella misma no se conseguía un pretendiente, pronto bien podría ser la próxima en la lista de aquellas viudas.

Se levantó como si alguien la hubiese pinchado con un alfiler y poco le faltó para chocar con el caballero que parecía decidido a estar siempre en el medio de todo. Sin embargo, cuando él hizo un ademán por sujetarla del brazo, ella lo fulminó con la mirada y lo esquivó.

—Acabo de ver a Lana, miladies, espero que no les importe... —Cualquier excusa era validez para escabullirse de semejante situación. La oportuna llegada de Selene fue más que bienvenida porque le permitió retirarse con la misma velocidad con la que había llegado... y con el caballero aún tras ella.

Decidida a quitárselo de encima, se dirigió hacia la terraza exterior que aún se hallaba desierta y, tan pronto estuvo segura de que nadie podría oírla, se giró sobre sí misma para encararlo.

—No me interesa quién es, milord, o la propuesta que me quiera hacer. Voy a ser clara, ya que es obvio que mi actitud no lo fue: deseo estar sola.

—Nadie desea estar solo, milady.

—Yo sí —declaró con decisión Amelia.

—Pero, si hace unos instantes, parecía más que ansiosa por acercarse al grupo de caballeros que rodeaba a las damas viudas.

—Típico de un hombre: creer que son el ombligo del mundo y lo único en lo que una mujer puede pensar —masculló molesta—. Para su información, solo le estaba haciendo un favor a mi

amiga Cali. Ahora que su tía se está ocupando de mi misión, puedo volver a mi tan atesorada soledad. Buenas noches.

Pero no logró dar más que unos pasos que una mano se aferró con delicadeza a su codo, pero no fue eso lo que detuvo su andar, sino el anillo con el dragón grabado en el mismo. Sintió que un escalofrío la recorría por completo, y el caballero pareció estar experimentando alguna clase de reacción propia, porque la observaba sorprendido y su mirada paseó desde donde sus pieles se rozaban hasta los ojos de ella.

—Milady...

—Buenas noches, milord. —Con aquellas palabras, Amelia se escabulló de su agarre y huyó hacia el interior del salón donde no tardó en volver a hallar a Selene y, aludiendo que le dolía la cabeza, logró que tanto las damas viudas como ella misma, se marchasen del festejo.

A lo largo del trayecto, no dejó de pensar en el misterioso caballero, pero, para evitar levantar sospechas, se negó a preguntarle a algunas de las tres damas presentes sobre su identidad. Había sido mera casualidad y nada más. Las palabras de Sammy la habían sugestionado.

Sin embargo, mientras se preparaba para dormir, al cerrar los ojos, su mente no lograba dejar de conjurar imágenes en las que un caballero vestido íntegramente de negro, y con el rostro oculto en las sombras, la tomaba en brazos y reclamaba sus labios en un apasionado beso. Lo único distinguible eran el anillo... y sus penetrantes ojos violetas.

Capítulo 2

Londres, 1848

Mausoleo de la familia Douglas

Lord Callan Douglas, duque de Cumbria, observó el mármol frente a sus ojos. La inscripción sobre el mismo era sencilla: «Lady Roberta Douglas, duquesa de Cumbria. 1830-1848». Su esposa tan solo había tenido dieciocho años cuando falleció al dar a luz al que se juró sería su único heredero. Aunque entre ellos no había existido un amor apasionado, sí se habían querido y mucho, más de lo que cualquiera hubiese creído posible, dado que su matrimonio había sido concertado cuando tan solo eran unos niños y sin que se hubiesen conocido.

Callan, poseedor de un temperamento apasionado e inquieto, había quedado encantado con la naturaleza calma y centrada de su prometida. El desconocimiento no tardó en convertirse en amistad y respeto, y ambos se consideraron afortunados por ello. Esa era una buena base para un matrimonio. Cuando eso se convirtió en afecto acompañado por la sorpresa de un futuro heredero, la dicha de ambos fue absoluta. Pero, unos meses más tarde, tan solo tristeza quedaba en su alma. Sabía que podía considerarse afortunado porque su hijo se hubiera salvado, pero no podía menos que lamentar la pérdida de su querida amiga.

El llanto del pequeño le recordó que no se hallaba por completo solo, y contra todos los cánones de la época, lo tomó de los brazos de su nodriza y lo sostuvo contra su pecho. Eso pareció calmar al pequeño, porque lo contempló con sus enormes y profundos ojos violetas, iguales a los suyos, con una solemnidad inusual para alguien tan pequeño.

—Has heredado el temperamento de tu madre, mi pequeño Rori. Espero que siempre te acompañe tal como yo lo haré a lo largo de tu vida —le susurró, y besó la suave pelusa azabache de su pequeña cabecita.

—¿Milord?

—Déjalo, Ruth. Permíteme el consuelo de mi niño en este momento de tanto pesar —le respondió a la alarmada mujer. Los abiertos despliegues de afecto no eran algo usual, pero él se rehusaba a seguir esas normas. Ya había perdido a su esposa y, sin importar cuánta gente pasara a formar parte de la vida de ambos, nada ni nadie iba a reemplazarla, entonces él no pensaba en ser tacaño con su afecto para con su hijo que sabía lo iba a necesitar más que nunca a lo largo de su niñez.

Ya había sufrido él de primera mano lo que era crecer bajo el yugo de un padre cruel y tirano. De no haber sido por su hermana mayor, y el hecho de ser el único heredero varón, probablemente no hubiese sobrevivido a la adultez. Se rehusaba a permitir que los mismos oscuros pensamientos, que cruzaron a menudo por su consciencia mientras crecía, poblasen la mente de su hijo.

Eso sí. No volvería a permitir que una mujer entrase a su corazón. Simplemente no toleraría volver a perder de nuevo a una persona querida, ya que era obvio que, en su corazón, solo había lugar para amar a su hijo y a nadie más. Al menos, eso era algo que le ofrecía cierto consuelo.

Mientras sus aventuras fueran llevadas a cabo con discreción, podía comportarse como un verdadero truhan, y eso jamás llegaría a oídos indebidos.

Mansión Douglas, Londres, 1870

La misma noche de la fiesta, una hora más tarde

Lord Callan bebió un sorbo del *whisky* escocés mientras los eventos de la noche volvían a su mente. Aún no lograba descubrir qué había sido lo que, luego de haberle hablado a la sosa florero, lo impulsó a mantenerse a su lado cuando era más que claro que ella no lo quería cerca. O quizás fue eso mismo. En sus cuarenta años de vida, las mujeres siempre habían quedado rendidas a sus pies..., pero entonces, ¿por qué la joven Amelia no lo hizo? No solo eso, sino que lo había golpeado y no solo no se disculpó, sino que se mostró más que ansiosa por deshacerse de él.

Lo que era absurdo, a pesar del excelente linaje de la joven, necesitaba un pretendiente apropiado. Incluso uno que fuese muy superior al del resto de los floreros.

—No... *Casi floreros* —masculló en voz alta, recordando los rumores que circulaban respecto al grupo. Según parecía, estaban decididas a casarse, pero no con cualquier hombre, sino con aquellos que las quisieran por ser quienes ellas eran como mujeres, como personas. No sostenían la absurda noción de un amor apasionado, pero sí parecían anhelar algo de afecto en la unión.

Callan sospechaba que se debía a lo ocurrido entre lord y lady Kensington. La muchachita no llevaba ni una temporada ahí y había logrado atrapar a uno de los solteros más codiciados y, si los rumores eran correctos, su hermana mayor Urania seguía los mismos pasos, porque era conocido por todos el interés que Byron sentía por ella.

Bebió un nuevo sorbo *whisky* y permitió que sus pensamientos los apartasen de la soledad de su enorme mansión. Debido a haberse casado de joven, y con la pérdida de su esposa al poco tiempo del alumbramiento de un sano heredero, jamás se vio en la necesidad de volver a contraer matrimonio. Solo una persona podía ordenárselo, y sabía que Su Majestad estaba más que satisfecha con el más joven de los Douglas y los servicios que le prestaban a la Corona. Aunque si había expresado cierto interés en que su hijo Rori aún continuase soltero, no había pasado de ser una mera observación.

—Milord, alguien desea verlo. —Fergus, su fiel mayordomo, ingresó sin siquiera anunciarse, lo

que indicaba el apuro que lo apremiaba.

Callan frunció el ceño y se levantó de su asiento junto al fuego, a tiempo para ver entrar a su sobrina Arabella en medio de un despliegue de telas mientras le entregaba al mayordomo todas sus cosas.

Sin perder la compostura, se acercó a su escritorio y se recostó ligeramente sobre el mismo mientras esperaba a oír lo que fuera que la tuviera en semejante estado de alteración. No era que fuera algo inusual en ella. A veces eso lo sorprendía, pues la madre de aquella había sido una dama de una calma inquebrantable. Cómo había sido capaz de dar a luz a una mujer tan voluble era algo que escapaba de su comprensión.

—¡Se atrevió a ignorarme! Pasaron veinte años, uno creería que ya debería haber olvidado toda la situación —chilló la dama mientras se acomodaba sobre el amplio sillón de tres cuerpos.

Cal se limitó a enarcar una ceja y se cruzó de brazos mientras esperaba a escuchar el resto del discurso. Sospechaba cuál era el problema y no podía culpar al hombre por despreciarla.

—Byron contrató a esa desabrida americana como tutora para sus medias hermanas. Como si alguien pudiera hacer algo por esas desabridas jovencitas.

—Mis fuentes me dicen que ambas son muy inteligentes y bellas —comentó casi como al pasar, pero eso solo pareció incendiar el malhumor de la dama, porque se levantó del sillón y lo encaró.

—Él debió elegirme a mí. No a ella. ¡A mí! Como si no fuera suficiente que el idiota de su mejor amigo se quedara con una americana.

—Calíope Forrester. Una jovencita con un espíritu admirable. —Callan ignoraba qué lo empujaba a defender a cada una de las personas que su sobrina atacaba, quizás era el hecho de saber lo ocurrido hacía veinte años atrás y que ella había sido la responsable de todo ese horrendo incidente.

Siempre agradeció que su hermana no hubiese vivido lo suficiente para descubrir lo que su hija había causado. Sin mencionar los problemas que aún generaba. En general, él se limitaba a mantenerse al margen de los mismos, excepto cuando ponían en riesgo la vida de ella o la de otras personas. Ahí estaba su límite.

Bien pudo haber cobrado vidas al servicio de Su Majestad, pero aquellos tiempos habían quedado atrás, y aunque no tenía miramientos en deshacerse de alguien que pusiera en riesgo la vida de alguien a quien amase, la experiencia le había enseñado que había maneras más satisfactorias de lidiar con un enemigo.

—Madre me daría la razón... Ella...

—Ella jamás te hubiese permitido comportarte de esa vergonzosa manera. Te sugiero que te calmes, sobrina, si no deseas tener una prolongada visita a Escocia. Estoy seguro de que nuestros parientes estarían más que felices de recibirte —finalmente declaró, harto de todo su berrinche sin sentido.

—No me amences, tío, porque los dos podemos jugar a ese juego.

—Adelante, muchacha, ¿o acaso olvidas porque soy el Dragón? —sonrió con malicia, sujetó de

nuevo su copa de *whisky* y retomó su asiento frente al fuego. Hasta su sobrina sabía que había ciertos límites que eran mejor no poner a prueba cuando se lidiaba con él. Sin mencionar que tan solo cuidaba de ella por la promesa hecha a su hermana en su lecho de muerte.

Pese a los doce años de diferencia con su hermana mayor, su relación había estado colmada de afecto y por eso le dolía ver lo mal que su sobrina había salido. Era consciente de que algunas personas simplemente tenían un alma oscura y no se satisfacían con nada más que no fuera el dolor ajeno, pero eso no menguaba su propia tristeza ante las circunstancias.

Instantes después, escuchó el ruido de la puerta al ser azotada.

—¿Desea que la vigilemos, señor? —Su fiel sirviente, siempre atento a sus necesidades, intuyó sus pensamientos.

—Sí, viejo amigo, va a ser lo mejor. En el estado en que se encuentra, nunca se sabe de qué es capaz de maquinarse.

Luego de eso, sus pensamientos volvieron a focalizarse en cierta joven de cabellos rojizos y llamativo vestido verde que no había hecho nada más que desafiarlo a cada instante. Esa era una dama que anhelaba conocer de cerca. No sería muy difícil lograr que cualquier otro pretendiente mantuviera la distancia tan pronto él diera a conocer su interés en la pequeña Meli. Proponerle matrimonio no estaba en sus planes, pero lograr conquistarla sí que lo estaba.

Capítulo 3

Hogar de lord Kensington, Londres

Al día siguiente

Amelia suspiró mientras observaba a los sirvientes organizarlo todo para las largas celebraciones que se llevarían a cabo en la fastuosa casa de campo del duque de Warwick. Aunque técnicamente Alexander y Calíope ya eran marido y mujer, las abuelas de ambos se habían rehusado a no tener un festejo por todo lo grande. Lo que implicaba que pronto todos se mudarían a la casa de campo y que terminó siendo una excelente excusa para que su amiga continuara con lo que había iniciado en su casa: conseguirle marido a cada una de las *casi floreros*. Y parecía que las únicas que estaban en vías de lograrlo eran las hermanas mayores de Cali, pese a lo inusual de las circunstancias. Porque, salvo por la infinita cantidad de bailes, ninguna de todas ellas había recibido propuesta alguna... o, al menos, no las que esperaban: decentes ofertas de matrimonio que involucrasen algo de afecto.

Su mirada se focalizó brevemente en el dibujo en el que había estado trabajando. Ya no le faltaba mucho para terminarlo y estaba muy orgullosa de ello. Fue entonces que escuchó voces en el pasillo y se encaminó al mismo.

Sammy pareció materializarse de la nada y, luego de darle un afectuoso abrazo, la miró de esa forma tan particular que ella había llegado a reconocer: el niño estaba a punto de revelar algo que no estaba segura de querer saber.

—El Dragón te visita en sueños, tía...

—Sammy... —Sonrojada, Meli rogó que el pequeño no fuera capaz de ver los sueños que había estado teniendo la noche anterior. Eran muy poco apropiados para una dama... y aún más para un niño.

—No te preocupes. Él tiene su mirada en ti. Sus ojos son mágicos y tienen la tormenta en ellos —le susurró para luego marcharse con la misma velocidad con la que había aparecido.

—Ese mocoso es raro... —La voz masculina la sobresaltó, y la joven dejó escapar un chillido estrangulado mientras se llevaba una mano al pecho y se giraba en su dirección con rapidez.

—No... no es un mocoso —susurró, maldiciendo su absurda timidez. Con sus amigas y familia, no tenía ningún problema, pero se le acercaba un hombre desconocido y parecía que era muda. Excepto con el enmascarado de la noche anterior.

—Sí, lo es. Mocosos entrometidos y raros. ¿Qué clase de niño va por los pasillos dándoles mensajes crípticos a los invitados de su familia? Uno que debería ser internado en un asilo.

—No..., por favor. —Sabía que Sammy era algo *peculiar*, pero no le hacía daño a nadie con sus comentarios. Aunque la habían descolocado un poco, era aún pequeño, de seguro que no era ni siquiera consciente del efecto que producía en la gente.

—¿Es tuyo?

Asustada y preocupada en partes iguales, tan solo logró asentir. No quería que se metiera en dificultades. Al fin y al cabo, estaba hablando con ella a solas.

—Debería educarlo mejor, señora...

—Y tú deberías dejar de entrometerte en donde no te llaman, Jacob. —Esta vez, la voz a sus espaldas la sobresaltó tanto que, al intentar girar con rapidez para ver quién era el recién llegado, se pisó el ruedo de la falda y chocó contra el cuerpo del hombre.

Mortificada, se quedó paralizada en su lugar. No sabía si disculparse, fingir un desmayo o huir de regreso al interior de la salita en donde había estado dibujando hacía instantes antes.

Que el caballero en cuestión no hiciera ademán alguno por soltarla luego de haber detenido una posible caída solo parecía empeorar su situación. Podía sentir cómo el sonrojo trepaba por su cuello y le cubría el rostro por completo hasta la punta de las orejas. Abochornada, no se atrevía a elevar la mirada para mirar a ninguno de los dos hombres.

—Al menos ya sabemos por qué el crío es tan raro. Basta con observar a la madre. No me sorprende que esté soltera...

—Estoy seguro de que tu padre sabrá apreciar sus opiniones sobre una de las más queridas amigas de lady y lord Kensington. —Cuando una tercera voz masculina apareció en escena, Amelia rogó que, de alguna manera, el piso se abriera bajo sus pies y la devorase... o, al menos, suplicó desmayarse.

—¿Lord... lord Douglas? —El primer hombre que le habló sonaba sorprendido, y eso logró que Amelia finalmente se atreviera a elevar el rostro para encontrarse con la más inusual y cautivadora mirada clavada en ella. Algo que jamás creyó volver a ver en toda su vida... Ojos de una tonalidad violácea la observaban. Los mismos ojos de la noche anterior. Los ojos que tenían la tormenta en ellos...

—Ve, Peregrine. Yo me ocupo —fueron las palabras que pronunció, y Amelia se encontró liberada del agarre de su defensor, quien sin decir palabra alguna se marchó tan rápido como apareció—. En cuanto a ti, Jacob...

—Por favor, todos sabemos por qué estás aquí. Y, por lo visto, los rumores son ciertos. Aunque no es una gran belleza, es capaz de producir herederos sanos y fuertes. No del todo cuerdos, pero eso es un detalle fácil de ignorar.

Amelia no supo qué se apoderó de ella. Si el tener que soportar, temporada tras temporada, que la midieran, sopesaran y la hallaran fallada; si ver el amor que su amiga Cali logró hallar pese a ser tan diferente de lo esperado socialmente; o si tan solo había llegado a su límite al finalmente

hallar a la persona que la empujó más allá. Pero, antes de que lord Douglas pudiera volver a intervenir, ella estrelló su mano contra el rostro de lord Jacob Murray.

—No soy una yegua de cría, milord. Sammy es un niño perfectamente normal y apenas escuche rumores sobre él, sabré que usted es el responsable y me aseguraré de que se arrepienta de haberlos iniciado.

—Una desabrida florero jamás...

—Cuyo tío es el arzobispo de Canterbury y que resulta que me adora... ¿A quién cree que las personas van a escuchar llegado el caso? ¿A usted..., un caballero venido a menos que ni siquiera puede mantener satisfecha a su amante, quien lo dejó por un hombre que lo triplica en edad, o a mi tío? —barboteó, y sintió cómo el horror la invadía por dentro, pero era incapaz de dejar de hablar. Sin embargo, sus palabras surtieron efecto cuando el hombre palideció y, sin decir una sola palabra, dio media vuelta y se alejó a vivo paso en dirección opuesta a la que ellos se hallaban.

Aplausos a sus espaldas le recordaron que no se hallaba sola. Sintió que palidecía mientras giraba con lentitud para observar de reojo al único testigo de tan bochornosa escena. Y, sin embargo, las palabras parecieron abandonarla una vez más porque solo logró emitir un suave suspiro cargado de resignación.

—Debo decir que nunca vi a una dama tener un exabrupto tan memorable... y cautivador, señorita... Thompson. ¿No es así? —Amelia no sabía si el caballero bromeaba o lo decía en serio, pero retrocedió un paso y consideró meterse dentro de la salita y encerrarse en el interior hasta estar segura de que se hallaba de nuevo a solas—. ¿No vas a huir o sí, pequeña *sassenach*[1]?

Se mordió el labio inferior y rogó que alguien, quien fuera, apareciera en ese momento para interrumpirlos. Era consciente de que si la hallaban a solas con un caballero..., incluso si este era algo mayor en edad que sus esperados pretendientes, se metería en serios problemas. Y ella no quería terminar casada por verse involucrada en una situación comprometida.

Sin embargo, una parte de ella estaba escandalosamente tentada a probar su suerte y permitirle comprometerla. Lo que era una absoluta locura. ¿O no? El pareció interpretar su silencio como una aceptación porque una sonrisa pícaro se formó en sus sensuales labios antes de volver a hablar.

—Me alegra saber que estamos en concordancia y no me hagas perseguirte. Pero, dadas las circunstancias, tendremos que ser cautos, lo que no significa que no podamos pasar algo de tiempo juntos, conociéndonos... y a ese cautivador temperamento tuyo.

Alarmada, lo miró con fijeza a lo que él enarcó una ceja y dejó escapar una risa ronca que ella encontró cautivadora. Chillidos agudos acompañados de risas le recordaron de su predicamento, y en el momento en que Sammy, seguido de cerca por las gemelas, apareció por el pasillo, Amelia no dudó. Se movió con sorprendente velocidad y cerró la puerta de la salita a sus espaldas, por lo que lo dejó efectivamente afuera. Aliviada, se apoyó sobre la maciza entrada de madera y dejó

escapar el aliento que venía conteniendo desde que había abandonado la habitación.

—Nunca una dama ha huido de mí, señorita Thompson, y usted no va a ser la primera. —Con aquellas palabras, Amelia se estremeció al escuchar los pasos del hombre que lo acercaron a la puerta—. Nos vemos en la cena de ensayo.

—Sobre mi cadáver... —masculló por lo bajo, sintiéndose segura en la vacía habitación y lejos de oídos curiosos.

—Esperemos no llegar a tanto. Aunque debo reconocer que si se presentase la oportunidad de tenerla en mis brazos..., no pondría objeción alguna al respecto.

—¡Milord! —Aunque intentó fingirse indignada, la risa burbujeó en su interior, y el hombre pareció intuirlo porque dejó escapar una carcajada propia en respuesta y, esa vez, ella supo que él realmente se había marchado.

Sin embargo, eso no le impidió escabullirse por la puerta balcón que daba a los jardines traseros. De ser posible, prefería no volver a hallarse con el caballero en cuestión. Aunque tenía sus dudas respecto a su identidad, sabía solo de una familia que poseyera esa tonalidad de ojos... Y no había mujer en Londres que no conociera la reputación del truhan de lord Callan Douglas, par del reino, y que ostentaba el título de duque de Cumbria... un linaje que solía ser representado por un dragón. ¿Acaso habría algo de verdad en las palabras de Sammy?

Capítulo 4

Una hora más tarde

Callan sonrió al ver a la joven Amelia abandonar la casa y acercarse al banquete preparado en los grandes jardines con cauteloso caminar. Debía admitir que admiraba su coraje. Cualquiera otra dama en su situación hubiese justificado su ausencia alegando sufrir de un dolor de cabeza o alguna otra absurda bobería femenina. Pero no *su Meli*, tal como había percibido luego de que lo pusiera en su lugar la noche anterior, poseía un fuego interior que mantenía disfrazado bajo la fachada de aburrida florero... no, *casi florero*. Lo cual no era nada difícil de lograr si a eso se le sumaba los horrendos vestidos que sus parientes le hacían vestir, o el hecho de que ella no conversaba con nadie que no fuese una persona allegada a ella. Tal como estaba ocurriendo en aquellos momentos en los que lady y lord Kensington se acababan de aproximar y acaparaban toda la atención de la joven.

Masculló por lo bajo mientras se preguntaba cómo podría apartarla sin ser demasiado obvio al respecto. Lo último que deseaba, luego del encuentro dentro de la casa, era asustarla. Aunque intuía que la joven no tendría ningún problema en darle un buen golpe, si eso se requería, para ponerlo en su lugar.

Sonrió con satisfacción ante esa idea.

—Padre, debo decir que esa expresión en tu rostro me asusta. —La voz de su hijo Rori interrumpió sus maquinaciones y le dio una idea—. Tienes la misma expresión que nuestro perro de caza, Rochester, el día que se comió todo el jamón del viejo Fergus.

—Mequetrefe, hazle un favor a tu viejo padre... Ve y róbate a la muchachita de cabellos rojos —le indicó al muchacho ante la mirada divertida de este.

—Que conste... me la robo, pero eso no significa que vaya a entregártela. Al fin y al cabo, de alguien heredé mis encantos —bromeó el muchacho, y se apresuró a alejarse en dirección al trío.

—¡Robert Maximilian Thadeus Douglas! —exclamó entre dientes. Rori no solo había heredado su apostura, sino también su personalidad. En ese entonces, que sabía de su interés en Meli, de seguro que el muy truhan se pasaría el día entreteniéndola, siempre asegurándose de mantenerla cerca de donde él pudiera verlos, pero lo suficientemente lejos de su alcance como para que pudiese arrebatársela.

Y sus sospechas se confirmaron cuando, unas horas más tarde, los vio caminando por los

jardines, Meli protegida del sol por una sombrilla blanca mientras reía de algo que Rori acababa de decirle. De haber sido otras las circunstancias, se hubiese sentido más que satisfecho de verlo a su hijo interesado en una dama como ella, pero no era así. Los celos lo carcomían por dentro, simplemente no había manera de ignorarlos porque le bastaba tan solo escuchar la risa de la joven, traída por la brisa, y todo en él se tensaba al saber que no era él el responsable de la misma. De hecho, Callan comenzaba a sospechar que el interés de su hijo por Meli, aunque bien había iniciado como un divertido intento por fastidiarlo a él, a medida que fue transcurriendo la mañana, comenzaba a transformarse en genuino interés por la muchacha. En especial porque ella parecía verse cómoda con él y, aunque tan pronto alguien se les acercaba ella se llamaba a silencio, tan pronto volvían a estar a solas, ella recuperaba toda su vibrante personalidad.

Sin embargo, eso no quitaba que tanto lord Alexander como lord Byron los vigilasen de cerca. Callan no dudaba de que ambos hombres gustosamente lanzaran a su hijo por arriba de un seto si consideraban que había intentado sobrepasarse con la joven. No era que Rori fuese a cometer semejante canallada, pero comprendía el deseo de proteger a alguien a quien se quiere. Lo que, de ninguna manera, explicaba por qué él también vigilaba con tanta atención a la joven pareja.

Capítulo 5

—Debo reconocer que descubrir que no eres una cabeza hueca como el resto de las debutantes es una grata sorpresa. —Las palabras de Rori detuvieron su andar.

—¿Acabas de decir que mis amigas son unas tontas? —Divertida, Amelia enarcó una ceja.

—Sí. ¡¿Qué?! ¡No! Ellas... —Pero Meli le apoyó un dedo sobre los labios para hacerlo callar antes de que se viera forzada a darle un golpe *accidental* con su sombrilla.

—Las *casi floreros* podemos ser muchas cosas, pero *tontas* definitivamente no es algo que se aplique a nosotras. El problema son los estirados pares del reino que prefieren apegarse a sus tradiciones y no son capaces de ver lo maravillosas que mis amigas son —finalmente declaró con pasión.

—Realmente las quieres, ¿no es así?

—Pese al poco tiempo que llevamos unidas, sí. Son mis amigas y no piden nada más que lo que cualquier persona se merece.

—¿Y eso sería?

—Que en su matrimonio haya afecto y no tan solo ser un adorno conveniente para que luego sus maridos vayan a satisfacer sus necesidades con sus meretrices —respondió con absoluta convicción la joven, lo que logró que Rori la observase por varios segundos con la boca abierta. Meli estaba segura de que acababa de quebrar alguna clase de récord porque, por lo que recordaba de haberlo visto siempre, era él el que encandilaba y escandalizaba a sus pretendidas por partes iguales. No era que ella entrase en esa categoría. Sammy probablemente también lo hubiese catalogado como el «hombre dragón con ojos de tormenta», pero ella no lo hacía. Pasar el día con Rori le dejó en claro que cualquiera fuese la conexión que sentía hacia los Douglas tan solo ocurría con su padre Callan—. No deseo casarme contigo —largó a bocajarro de manera inesperada, por lo que se sorprendió incluso a sí misma.

—No sé si sentirme ofendido o aliviado, milady —logró barbotear entre carcajadas el joven, claramente divertido.

—Lo siento, Rori, pero yo...

—Ey, tranquila, me caes bien y consideraría un honor ser tu amigo... sin mencionar que nos salvaríamos mutuamente en estas engorrosas reuniones donde todos los *mayores* están al pendiente de qué hacemos o dejamos de hacer —se apresuró a tranquilizarla mientras daba una rápida

mirada en dirección a su padre que nos los había perdido de vista en ningún momento. Ese era un tema con el que lidiaría más tarde porque Callan jamás había expresado interés alguno en las jovencitas inexpertas, así que no comprendía cuáles podían ser sus intenciones para con Meli. La joven le agradaba y si fingir interés en ella la mantenía a salvo de quienes quisieran dañarla, que así fuera... Incluso si eso lo enfrentaba a su propio padre.

Meli sonrió profundamente aliviada. Al menos, hasta que su nuevo amigo fuese obligado a casarse o se enamorara, tendría un aliado para evitar todas las situaciones engorrosas en incontable cantidad de eventos sociales que les deparaba el futuro. Solo tendría que asegurarse de advertirles a sus amigas al respecto, si alguna estaba interesada en Rori, era más que bienvenida a conquistarlo, pero para el mundo exterior... ellos podrían o no estar cortejándose.

Continuaron hablando y finalmente él la escoltó hasta su carruaje. No tardó en llegar a la residencia familiar, y aunque le sorprendió ver el elegante transporte de su tío, decidió no sacar ninguna conclusión hasta que hablara con él.

No tardó en hallarlo cómodamente instalado en la sala de estar.

—Mi Meli, ¿cómo estás, pequeña?

—Bien, tío. Regresando de haber sobrevivido a otro té...

El caballero rio divertido ante sus palabras. Conocía el carácter de su sobrina y sabía lo mucho que la fastidiaba tener que aparentar delante de la aristocracia un interés que no sentía en lo más mínimo.

—Debo decir que, aunque me sorprende, él es una excelente elección.

—Tío, no...

—El joven Rori Douglas. Excelente familia. No sé si sabías que son parientes lejanos de tu amiga Sophia. Su bisabuelo era tío del laird actual del clan.

—Tío...

—Está bien, pequeña, comprendo que aún es algo relativamente nuevo, no necesitas darme ninguna explicación. —El hombre se levantó de su lugar y, luego de sujetarle con suavidad los hombros, le dio un suave beso en la frente—. Solo pasé a decirte que cuentas con mi bendición, Meli. Pero también que quede en claro que puedo ser un enemigo formidable si sus intenciones son deshonorosas.

—¡Tío! —Pero la joven rio ante sus palabras y lo abrazó con afecto para luego escoltarlo hasta la puerta.

Quizás fuese mejor que hasta su tío creyera eso, siempre habría tiempo más adelante para confesarle la verdad de su relación con el joven Douglas. De momento, a ambos les convenía... Además, quizás eso la ayudara a resolver las alocadas emociones que el Douglas mayor le producía. No podía nada más que ser algo platónico y debido a su inexperiencia. Ella no podía estar realmente interesada en el hombre que representaba al dragón, ¿o sí?

Capítulo 6

Dos semanas más tarde

Callan maldijo por lo bajo mientras veía a Rori retirar el abrigado tapado de los hombros de Amelia, lo que dejó expuesto un bello vestido bordó que destacaba su piel de marfil y sus cabellos rojizos. Ese debió ser él y no el calavera de su hijo, quien, sin embargo, pareció haber recuperado la buena gracia de las madres de las damas casaderas presentes. Incluso, cuando bailaba con las restantes floreros, casi podía sentir los engranajes de las damas en cuestión comenzar a idear maneras de atrapar a Rori en una situación comprometida con alguna de sus hijas. Sin embargo, eso jamás ocurría, parecía que la misión de las jovencitas, en ausencia de Meli, era ahuyentar a cualquier dama que se anduviera con *dudosas* pretensiones para con él. Lo que se le hacía enormemente divertido y, al mismo tiempo, se ganaban su respeto incondicional.

Eso no menguaba de manera alguna la conversación que habían tenido horas antes mientras se preparaban para partir hacia el baile. Aún recordaba la elevación terca del mentón de su hijo y la manera en que lo desafió a que si realmente estaba interesado en Amelia, se jugase el todo por el todo. El problema fue que él dudó, y no por las razones que su hijo creía, lo que llevó a que Rori prácticamente no se separase de la joven en toda la noche y que, cada vez que él hiciera un ademán de acercársele, de inmediato, él apareciera como por arte de magia para alejarla con alguna excusa absurda. Eso le hacía hervir la sangre. Su único consuelo era saber que a nadie le importaba las emociones que Amelia le generaba... o eso creyó. Porque la figura que lo había estado observando desde las sombras, desde su llegada, finalmente se le acercó luego de asegurarse de que nadie les estuviese prestando atención.

—Cualquiera creería que, después de tantos años, ya sabrías cómo arrebatarle una dama a un jovencito, incluso si es tan truhan como su padre... —La voz con marcado acento escocés le hizo fruncir el ceño. No porque no la reconociera, sino porque el dueño de la misma se arriesgaba mucho si cierta persona llegaba percatarse de su presencia. Callan definitivamente no quería estar presente el día en que la dama descubriese el engaño de su amigo—. Ella no se encuentra aquí, Cal. Desdémona y Clarisse están confeccionando alguna clase de alocado plan y requirieron que Selene las asistiera con el mismo... Además, con Cali desposada, ella puede oficiar como carabina de cualquiera de sus amigas que lo necesite.

—Pero...

—Ve por tu mujer, amigo, antes de que hagas combustión espontánea —bromeó el escocés, y lo empujó en dirección a la dama en cuestión justo cuando una de las muchachas Callahan se llevaba a Rori a la rastra hacia la punta opuesta de la pista de baile.

Callan supo que esa probablemente sería su única oportunidad para conversar con Meli sin interrupciones ajenas. Si le sorprendió que las otras jóvenes no intentaran detenerlo, aunque lo observaban con sumo detenimiento, no lo sopesó mucho porque pronto se encontró de pie detrás de Amelia.

—¿Me permitirías esta pieza, *sassenach*? —La manera en que la piel se le erizó no pasó desapercibida para él, y cual fuese la excusa que ella estaba por ofrecerle quedó olvidada tan pronto sus miradas se encontraron. No opuso resistencia alguna mientras ella guiaba hacia la pista e incluso le pareció que se detenía un poco más cerca de lo políticamente correcto, pero de ninguna manera iba a cuestionarlo.

Apenas si logró disimular la satisfacción en su rostro cuando ella elevó la mirada y frunció el ceño en su dirección.

—Milord Douglas...

—Callan...

—Lord Callan. —Ella parecía determinada a mantener las distancias emocionales, no así las físicas porque no objetó cuando él acercó sus cuerpos un poco más.

—Meli, sabes que estoy interesado en ti —le susurró con suavidad, para evitar que algún entrometido pudiera oír su conversación.

—No. Lo que le interesa es que sea una nueva muesca en el poste de su cama, milord —le respondió mordaz, aunque perdida en su fascinación por él.

—Meli, sabes que no es así. Podría ofrecerte todo lo que me pidas. Tan solo dilo. —Daría lo que fuera con tal de que ella lo aceptase.

Ella enarcó una ceja claramente no impresionada con sus palabras. Pareció meditar lo que estaba por decirle y, al fin, le hizo una pregunta que no esperaba.

—¿Mi propia casa con un solar en el cual poder dedicarme a mis dibujos y pinturas?

—Por supuesto —le respondió. Si ella le pedía la luna, hallaría la forma de dársela.

—¿Que las brujas aristocráticas tengan que tragarse sus palabras y me envidien por tenerte cuando ninguna de sus hijas lo logró? Y sin escuchar reproche alguno por haber aceptado ser tu amante.

—Dalo por hecho.

—Y si tenemos hijos, ¿me aseguras un futuro para ellos a la par con el de Rori, incluso si no son tus herederos legales?

—Los amaría tanto como a mi hijo mayor...

—¿Tanto como me amas a mí? —Y finalmente ella hizo la pregunta que era obvio quiso hacerle desde el comienzo y la única que tenía verdadera importancia. Porque Callan era consciente de que una mujer como Amelia jamás se conformaría con nada a medias. Podía estar dispuesta a

desafiar y cuestionar ciertas normas sociales, pero solo lo haría si a cambio él le entregaba todo de sí mismo.

—Meli... —Supo el momento exacto en que la perdió porque ella se liberó de su agarre para dejarlo de pie, solo y en medio de la pista de baile, mientras ella desaparecía por las puertas abiertas del balcón.

Rori no tardó en hacer aparición y, fingiendo una calma que ninguno de los dos poseía, se dirigieron a la terraza donde sabían que nadie los oiría.

—¿Le ofreciste ser tu amante?! ¡Deberías avergonzarte, padre! —le increpó su hijo tan pronto estuvieron a una distancia prudencial del resto de los invitados.

—No me hables de esa manera, muchacho, aún puedo darte una lección de ser necesario.

—Cuando quieras y donde quieras —lo desafió, lo que dejaba en claro su molestia.

—Sabes que te venceré.

—Y habrá valido la pena porque lo que acabas de hacerle a Meli es innombrable. Ni siquiera tú eres suficiente como para merecerla..., pero como amante...

—¿Y tú qué sabes sobre ella?

—Es obvio que mucho más que tú..., padre.

—Dilo de una vez, Rori, y así puedes correr detrás de ella...

—¡Sé que ella quiere amor! ¡Amor! ¿Acaso tú se lo puedes dar? —dicho esto, el joven se giró sobre sus talones y lo dejó abandonado con sus pensamientos.

Sabía que había cometido un error y quizás fuese demasiado tarde para remediarlo.

Pero, antes de hacer su próximo movimiento, tenía varias cosas para plantearse: ¿estaba dispuesto a dar todo de sí a Amelia? ¿Acaso aún era capaz de hacerlo?

—Tu hijo está en lo cierto, viejo amigo... Es hora de que tomes una decisión. Solo espero que sea la correcta —intervino el misterioso escocés.

—¿Y tú, Ciarán?

—Mí único consuelo es saber que ella está a salvo por mi sacrificio, pero lo daría todo por poder tenerla una vez más en mis brazos.

Capítulo 7

Amelia esperó en el *foyer*[2] mientras Rori buscaba a su cochero. Se acabada de desatar una fuerte tormenta y no había manera de poder marcharse de otra manera. Sin mencionar que, luego de lo ocurrido en la pista de baile, ella estaría de seguro en boca de todos. Ya podía imaginar lo que las habladoras dirían. Padre e hijo peleando por la misma dama. No era que le importase lo que dijeran, pero... sabía que eso podía afectar a su tío y arruinar su buena reputación para siempre. ¿Qué pensarían sus padres si toda Inglaterra la calificase de ser la amante de dos hombres a la vez?

—Una noche espantosa para un baile tan hermoso. Es realmente lamentable, ¿no es así, señorita...? —La voz del caballero la sorprendió y se giró ligeramente hacia su izquierda para hallarse con un hombre alto y espigado, que portaba un bastón con mango de plata, que se le hacía familiar pero no lograba recordar de dónde, así que tan solo asintió de manera educada.

No estaba de ánimo para hablar, de hecho, estaba preocupada por lo ocurrido y no quería alterar a sus amigas de manera innecesaria cuando quizás no pasase de ser un evento rápidamente olvidado tan pronto algo más escandaloso ocurriera.

—Espero que no se ofenda, señorita, pero debo decirle que ha heredado la belleza de su madre y el temperamento de su padre. —A pesar de saber que cualquiera podía oírlos, el hombre no hizo intento alguno por susurrar sus palabras.

—¿Conoció... a mis padres? —Lo miró sorprendida mientras una memoria intentó abrirse paso en su mente, pero no lo logró aunque la invadió, por un instante, una sensación de incomodidad y retrocedió, con sutileza, unos pasos en un intento de poner cierta distancia entre ellos.

—Una pareja maravillosa. Un desafortunado accidente el que sufrieron... Dejarla sola a usted y a sus pupilas. Afortunadamente su tío pudo hacer arreglos para usted. Una lástima lo de la joven Ángela y su pequeña hermana.

Algo se debió reflejar en su rostro porque esa vez retrocedió de forma visible y el hombre se apresuró a estirar una mano en un ademán por agarrarla, pero fue interceptado por la presencia salvadora de Rori y la intimidante de Callan.

—Gracias, lord Merriweather... Ahora si nos disculpa... Ven, Meli, odiaría que te mojaras y terminaras enferma —comentó como al pasar Rori, pero Amelia apenas si fue consciente de cómo la subía al carruaje y de cómo este partía.

El horror en su mirada se debió transmitir en su rostro porque Callan avanzó alarmado en su dirección, pero se detuvo, y su mirada se tornó peligrosa mientras se focalizaba en el caballero que había estado instantes atrás a su lado.

Meli se recostó contra el respaldo e inhaló hondo varias veces. En ese momento, supo quién era el caballero y fue consciente de por qué estuvo en riesgo al haber estado a solas con él. Aún podía recordar lo ocurrido esa noche en la que le informaron que sus padres habían fallecido.

Su mente se trasladó a su infancia. A la noche en que toda su vida cambió por completo.

Su tío aún no había podido llegar a ella... Estaban las tres solas en la casa que sus padres tenían en el campo. Su mejor amiga de la niñez, Ángela; y su hermanita menor Teresa. Las Seymour habían quedado a cargo de sus padres cuando ellos fallecieron por la influenza. Junto con ellas estaba la institutriz de las tres, la señorita Connors, cuando el señor Malcolm Merriweather llegó apresurado y les informó de lo ocurrido.

Ella había estado destrozada e hizo falta mucho por parte de su institutriz para lograr calmarla. Sin embargo, no fue suficiente porque despertó en medio de la noche, durante una tormenta, como la de esos momentos, y fue cuando escuchó el llanto proveniente de la habitación de sus amigas.

Apenas si había dado unos pasos en esa dirección que vio una sombra abandonando la habitación. Una sombra alta y espigada... que empuñaba un bastón con el mango de plata que parecía la garra de un león. Tal como el hombre con el que se acababa de cruzar. Él la había visto, pero, en vez de revelar su identidad en la penumbra, le había indicado con un gesto de la mano que guardase silencio y se marchara... y ella lo había hecho. Aterrada había huido de regreso a su habitación. Al día siguiente, se encontró con una niñera nueva y con que su entonces muy silenciosa mejor amiga se marchaba junto con Teresa a vivir con el aterrador hombre. Luego de eso, y pese a que habían logrado prometer mantenerse en contacto, algo que ella había intentado durante mucho tiempo, jamás volvió a oír sobre Ángela. Solo el hecho de que su tío investigara y averiguase que se hallaba bien le ofreció algo de consuelo... hasta que ocurrió lo de Teresa y descubrió que su amiga Angie jamás había vuelto a hablar.

Que ese hombre hubiese vuelto no podía ser nada bueno. De hecho, la aterraba. Ese hombre la asustaba, y rogaba nunca más tener que volver a cruzárselo. Sabiendo que eso era imposible, al menos se conformaba con no tener que volver a estar a solas con él.

«¿Qué fue lo que te ocurrió, Angie?», recordó Meli. Habían sido parte de las últimas palabras que compartieron juntas luego de aquella horrible noche de su infancia.

Pero no quiso seguir hundida en aquel momento y se concentró en ver la lluvia caer por el resto del recorrido.

Capítulo 8

Varios días más tarde

Amelia decidió que, en algún momento de su vida, debió haber hecho algo muy malo porque, de lo contrario, no había otra explicación por la cual el *señor* Merriweather —porque ella sabía que el título de lord no le correspondía por derecho propio—, de repente apareciera en cada evento al que ella asistía. Como si eso no fuera suficiente, no parecía comprender sus indirectas de no desear su compañía.

De hecho, luego de aquel primer encuentro, ella había comenzado a tener pesadillas sobre lo ocurrido esa fatídica noche y comenzó a quedarse hasta altas horas de la madrugada dibujando todo lo que recordaba. Sabía que, aunque los detalles podían no ser precisos, no lo había imaginado. Algo terrible había ocurrido, algo por lo cual Teresa había fallecido después... Durante un tiempo, se había hablado de un suicidio, pero cuando la enterraron en la cripta familiar, esos rumores fueron rápidamente acallados. Pero ¿y si ella tuviese en su mente el secreto que pudiera ayudar a su vieja amiga? Aunque hacía años que no se veían, Meli sentía que se lo debía. Una vez fueron tan unidas como hermanas y tener a ese monstruo como tutor no pudo haberle hecho ningún bien a una persona dulce como siempre lo había sido Angie.

Perdida en sus pensamientos, no notó que el resto de los asistentes al baile se había alejado de regreso al interior del salón, por lo que quedó sola. Aunque podía verlos desde donde se hallaba, sabía que lo mejor era seguirlos. Pero deseaba quedarse, aunque fuese unos instantes más, en soledad con sus recuerdos.

—Señorita Thompson, qué inesperada sorpresa el placer de su compañía. —La voz le produjo un inmediato escalofrío y su primera reacción fue ignorarlo y alejarse, pero la mano sobre su brazo la detuvo—. No creo que quiera hacer una escena como la del otro día con lord Douglas, ¿o sí?

—Suélteme... —Pero fue en vano porque él tan solo apretó con más fuerza, lo que la hizo gemir de dolor.

—Lord Douglas no es el único que puede ofrecerte lo que tú deseas, preciosa. Si me aceptas como tu único amante...

—¡Suélteme o le juro que grito y al diablo con mi reputación!

—Pequeña zorra... —Merriweather tenía el rostro distorsionado por la ira y, por un momento,

creyó que la iba a golpear, pero entonces una figura alta de hombros anchos se interpuso entre ambos.

—Suéltela o el que va a tener muchas explicaciones para dar va a ser usted, milord... Ahora.

—No sonaba al Callan que ella conocía. Se lo oía peligroso... casi frío y despiadado.

—¿No quieres que nadie más que tú toque a tu puta? Escuché que no te importa compartirla con tu hijo. —Esa fue la última palabra en salir de boca del hombre porque Callan lo derribó de un certero puñetazo, lo que atrajo a varios de los invitados hacia donde ellos se hallaban.

—Vete, Meli...

—Pero...

—Si te vas, te vas a arrepentir. A mí nadie me dice que no —masculló el hombre mientras se ponía de pie y se limpiaba la sangre que le corría por la comisura del labio—. ¿O acaso olvidas lo que ocurrió hace tantos años atrás, Amelia?

—Ahora, Meli, prometo contactarte y explicarte todo —la instó Callan mientras la miraba, por lo que la atrapó con la intensidad de sus ojos violetas y la alejó de la crueldad de la oscura mirada del otro hombre—. Rori te escoltará y yo después iré por ti.

Meli dudó respecto a qué hacer. Callan acababa de defenderla y no quería tan solo marcharse. Aunque sabía lo suficiente sobre el duque como para ser consciente de que no corría ningún verdadero peligro si las cosas con Merriweather se salían de control.

—Meli, no puedo hacer lo que debo contigo aquí. Vete, por favor.

—Está bien. Solo... cuídate, ¿sí? —Pero no fue hasta que él asintió que ella dio media vuelta y se apresuró a regresar al interior del salón donde Rori ya la esperaba con su capa en la mano.

El viaje de regreso a su hogar fue tan solo un recuerdo borroso y Amelia pasó el resto de la noche levantada esperando por la visita que Callan le había prometido. Tras aquella no ocurrir y al tan solo recibir una breve misiva informándole que todo había sido solucionado, se enojó. No tanto con él, sino consigo misma por albergar la esperanza de que él había corrido en su ayuda porque le importaba realmente y no porque él mantuviera la esperanza de que ella aún aceptara ser su amante.

Decepcionada, recibió el amanecer con las manos manchadas de carbonilla y una profunda sensación de tristeza en el alma. Quizás ya era hora de abandonar sus ilusiones sobre un amor romántico y solicitarle a su tío que le buscara un partido decente. Quizás fuese afortunada y, con el tiempo, lograría sentir algo de afecto por quien terminara siendo su marido.

Capítulo 9

Una semana después

Reunión en los jardines de la mansión De Warenne

Callan comprendía el enojo de Amelia hacia él. La había abandonado. Le había hecho una promesa y no fue capaz de nada más que de enviarle una breve nota para que ella no tuviera que preocuparse más por lo ocurrido.

Se alegraba de haber seguido su instinto e investigado al inquietante desconocido. La información sobre Malcolm Merriweather era, como mínimo, preocupante. Tenía demasiados negocios cuestionables con sujetos de baja calaña e incluso se rumoreaba que andaba involucrado con la Yakuza, una clase de crimen organizado proveniente de Japón. Aunque hasta que no hablase con su viejo amigo Hiroichi, no lograría más información al respecto. En ese momento, que el país se había abierto al comercio hasta de sus elementos más peligrosos, parecían estar emigrando hacia occidente. Definitivamente Merriweather no era la clase de hombre que quería que estuviese cerca de Amelia porque era impredecible y, tal como había manifestado, no aceptaba que nada le fuera negado. Lo que lo llevaba a su decisión sobre lo que debía de hacer para lograrlo. Precisamente por eso había convocado a la ayuda de su hijo para llevar a cabo su plan... Estaba dispuesto a hacer lo que fuera por asegurarse de que Meli estuviera a salvo.

Pero la joven ignoraba todo aquello y lo fulminaba con la mirada como si fuese la última persona que quisiera ver en la faz de la Tierra. La comprendía, pero, en ese entonces necesitaba que ella lo escuchara y no huyese. Al menos no hasta haber terminado de oír sus palabras.

—Meli...

—Amelia, lord Douglas —lo corrigió tajante mientras se cruzaba de brazos y desviaba la mirada hacia donde se hallaba Rori. Pero Callan sabía que su hijo no se acercaría, a menos que realmente viera que la joven estuviera muy alterada.

—Amelia, necesito que me escuches, por favor.

—Y yo necesito regresar con mis amigas porque Cali quiere nuestra ayuda para preparar una sorpresa para Alexander —le respondió con indiferencia.

—Viendo que no me dejas otra opción... —Antes de que la joven pudiera decirle algo más, se apoyó sobre una rodilla mientras le sujetaba una mano—. Sé que no eres la clase de mujer que hace las cosas a medias y pretendes exactamente lo mismo de la gente que te rodea. Y te lo

mereces, Meli, te mereces todo eso y aún más. No sé en qué momento ocurrió..., aunque estoy bastante seguro de que fue cuando me golpeaste con tu tarjeta de baile y me insultaste. Me cautivaste por completo. Eres la única mujer en mi mente y la única que mi cuerpo anhela...

—¿Y su corazón, milord?

—Es tuyo. Por completo. Si tan solo lo aceptas —le susurró, y luego, tras tomarle y girarle ligeramente la mano, le besó la cara interna de la muñeca.

—Callan..., yo...

La vio llevarse la otra mano al rostro y cubrirse los labios en un gesto obvio por contener las emociones que sus ojos gritaban a voces.

¡Ella también sentía cosas por él!

—Lo siento... —Sin decirle nada más, Meli se liberó de su agarre y corrió a través del jardín hasta la salida del mismo.

Consternado, Callan la vio desaparecer entre el grupo de damas y apenas si fue consciente de indicarle a Rori que la siguiera y no la perdiera de vista. Creyó que confesándole sus emociones solucionaría las cosas, pero parecía que tan solo lo había empeorado todo. Porque, pese a la esperanza que vio brillando en su vida, también vio temor.

Abandonó su postura y se encaminó hacia las caballerizas donde había dejado a su montura favorita, Zeus. Tenía la suficiente confianza con sus anfitriones como para permitirse el ir y venir por la propiedad como a él le fuese necesario. Una buena cabalgata lo ayudaría a replantarse su plan y descubrir en qué se había equivocado... Aunque con cada golpe de cascotes sobre la hierba de otoño su corazón no dejaba de gritarle cuál había sido su error. Estaba decidido a enmendarlo antes de volver a encarar a Amelia y para reiterarle su ofrecimiento.

Esa vez, cuando Amelia arribó a su hogar, le sorprendió ver de nuevo que su tío se hallaba de visita. No era que no adorase verlo, pero que viniera de manera tan asidua era algo, por completo, inusual en él.

Supo, en el momento en que ingresó al estudio, que lo que él estaba por decirle no iba a serle de su agrado. El hombre se veía tenso y preocupado.

—¿Tío?

—Meli, toma asiento, por favor. —Que ni siquiera le diera un beso en la mejilla apenas la viera era una señal inequívoca de lo grave de la situación.

—¿Qué ocurre? —Siempre prefiriendo tomar el toro por las astas, inhaló hondo y se preparó mentalmente para la noticia que estaba por recibir. Por unos instantes, le pareció ver el brillo de la lástima en los ojos de su tío, y eso la preocupó aún más que cualquier otra cosa.

—Lord Merriweather se me acercó hace unas horas atrás con una propuesta, Meli.

—No puedes hacer negocios con ese hombre, tío. Los rumores que circulan...

—Meli, sabes que nosotros no nos dejamos llevar por habladurías. Si no, ya hace tiempo que tú y tus amigas hubiesen sido expulsadas de la buena sociedad.

—¡Nosotras no hacemos nada malo! Las matronas no toleran que nadie, que no sean sus hijas, se destaque de manera alguna —masculló en defensa de sus amigas, y finalmente tomó asiento y se cruzó de brazos.

—Exacto. Meli, él... me pidió tu mano en matrimonio.

—¿Qué?! ¡No! ¡Me rehúso!

—Meli, escúchame...

—No, tú escúchame, tío. Cualquiera menos él.

—Meli, Meli, pequeña..., tenía esperanzas de que Rori viniera a hablar conmigo. Aunque debo decir que, cuando Callan lo hizo, no me sentí particularmente sorprendido. He visto la manera en que ese hombre te observa.

—¿Lo... hiciste?

—Él se casó muy joven y quiso a su esposa, Meli. —Al ver la tristeza en la mirada de su sobrina, de inmediato, se le acercó—. Pero la manera en que te mira a ti... Incluso, si no lo sabe, porque no me lo dijo con palabras, él te ama.

—Tío...

—Pero visto y considerando que lo rechazaste... Por favor, Meli, no voy a vivir para siempre y, antes de morir, quisiera verte felizmente casada. Sé que una familia es lo que más anhelas. —El hombre le acomodó un rebelde mechón de cabellos y le besó la frente—. Piénsalo, ¿sí? Eso es todo lo que pido. En una semana, me darás tu respuesta definitiva.

—¿Y si, aun así, decido no casarme con Merriweather?

—Yo me ocuparé de eso, pequeña. Ahora ve y tráeme uno de tus deliciosos tés fuertes que sabes preparar tan bien para tu viejo tío —bromeó el hombre al referirse a cuando ella le agregaba una pizca de *brandy* a la infusión para ayudarlo a relajarse y calmar sus nervios.

Solo que, esa vez, ella también bebería un poco de la misma. Cómo su vida había pasado de ser sosa y aburrida a repentinamente tener más pretendientes de los que hubiera imaginado algún día era todo un misterio. Pero su tío sí tenía razón en algo: tenía mucho en lo que pensar y sobre lo cual decidir antes de que la semana llegase a su fin y tuviera que partir a la casa de campo de los duques de Kensington.

Capítulo 10

U nos días después, nerviosa, Meli recorría la enorme mansión. En poco tiempo, partiría hacia el campo y, aunque tenía en claro su decisión, faltaba que se la transmitiera a su tío. Toda la situación la preocupaba. Desde que tenía memoria, su tío había sido una fuerza inquebrantable de la naturaleza, pero si el tal Merriweather lo tenía nervioso, entonces había razones para tomar cartas en el asunto.

Recordó que Rori le había mencionado que su padre aún mantenía alguno de sus viejos contactos de la juventud, quienes podían conseguirle la información y la ayuda que necesitaba para no terminar casada con ese hombre tan despreciable.

Y esa era toda la razón de su asistencia al té de la señora Gibson. Por medio de sus amigas, supo que Callan estaría presente, aunque ignoraba las razones, pero era el ambiente ideal para pedirle ayuda... y para intentar enmendar su tempestuosa huida aquella tarde, una semana atrás. Pero a hacía una hora de su llegada y no lograba hallarlo por ningún lugar.

Fue entonces que escuchó voces en una de las habitaciones que sabía estaban vacías, dado que la anfitriona se preparaba para viajar a visitar a su hermana en Francia y había ordenado que todos los muebles fuesen cubiertos y preparados para que la casa quedase cerrada por un buen tiempo. Sin mencionar que una era la voz chillona de una dama y la otra de un caballero... una voz que reconocía.

Sabía que lo correcto era girar sobre sí misma y marcharse. No tenía nada que hacer ahí en busca de un caballero cuando ella misma era una joven debutante y soltera. No era que Cali fuese a mencionar algo sobre su ausencia en el grupo de damas. Eso sin mencionar que Birdie y Bianca jurarían y perjurarían que ella había estado recorriendo el laberinto con ellas. Sin embargo, y sabiendo que era una pésima idea, abrió la puerta del salón... para hallar a la recientemente viuda lady Camille Moreaux en brazos de Callan.

Sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero consciente de que era una ridiculez, se apresuró a cerrar la puerta para alejarse tan rápido como sus pies se lo permitieron. Necesitaba a sus amigas en esos momentos. Pero no logró llegar lejos que se vio arrastrada hacia el interior de otra habitación.

Se rehusó a mirarlo o a hablarle. Si Callan quería decirle algo, que lo hiciera; pero tan pronto pudiera, se marcharía. Estaba segura de que a Cali no le molestaría que los acompañase en el

trayecto hasta la casa de campo.

—Mi pequeña, ¿acaso estás celosa?

—¿Debería? Que yo sepa, milord, entre nosotros no existe acuerdo alguno...

Él se le había declarado y ella había huido. No habían hablado nada respecto a lo que fuera que hubiese entre ellos.

—¿Acuerdo? Hay algo más que eso entre nosotros y lo sabes, Meli. Y es esa la razón de que me esté asegurando de cortar todo lazo que luego pueda malinterpretarse una vez que me aceptes, mi hermosa Meli.

—Eso no pareció un *lazo*, milord. Lady Camille se veía muy cómoda en sus brazos...

—Meli, escúchame, por favor. Mi declaración...

—¿Padre? —La llegada de Rori la salvó de decirle exactamente lo que pensaba de su actitud y de sus palabras. Porque estaba teniendo serios problemas para creerle lo que decía. Las acciones hablaban mucho más que las palabras, y las suyas lo estaban haciendo quedar mal.

Se apresuró a realizar una rápida reverencia, se acercó al joven y agradeció que él, de inmediato, comprendiera su deseo de marcharse porque le ofreció su brazo y la escoltó de regreso a los jardines.

Callan estaba furioso. Ignoraba que Meli fuera a asistir a la reunión y él lo había considerado el momento ideal para cortar todo lazo con sus amantes casuales. Sabía que, pese a lo discreto que siempre había sido a lo largo de los años, su reputación no se había mantenido impoluta, en especial, debido a ciertas amantes descontentas que, al no obtener propuestas matrimoniales de su parte, habían decidido propagar rumores de lo más jugosos. Lo que lo había forzado a tener que lidiar con su última amante con quien no había tenido contacto alguno desde que Meli se cruzase en su camino la noche del baile de máscaras.

No contó con que Amelia lo encontraría justo cuando Camille tenía unos de sus despliegues de histeria histriónica para llamar su atención... No era que fuera a surtir efecto.

Para colmo, en vez de intentar explicarse como correspondía, la había acusado de algo que él mismo estaba padeciendo en esos momentos. Y nada menos que de su propio hijo. ¡Estaba celoso!

Necesitaba enmendar las cosas con Meli y cuanto antes. Con eso en mente, se apresuró a abandonar la casa, pero ignoraba que dos figuras lo seguían de cerca, muy interesados en lo que acababa de ocurrir.

Capítulo 11

Casa de campo de los Kensington

Lo último que Meli esperó ver, cuando se preparó para irse a dormir, fue una enorme sombra abalanzarse sobre ella que la maniató y encapuchó para arrastrarla a la fuerza de su cama. Ni siquiera pudo vociferar, tan solo emitir unos gritos ahogados porque, cargada como la tenía sobre el hombro, sentía que cada movimiento, que le golpeaba el estómago, le robaba el aire.

Cuando sintió el aire frío en sus pies desnudos, volvió a intentar gritar. No contó con que, de repente, el cuerpo que la cargaba desaparecería. Por la sacudida que sufrió, al ser depositada en el piso, y por el grito ahogado masculino, descubrió que el hombre que la había estado llevando había sido noqueado, y ella sería depositada con suavidad en una habitación cálida. Con las pésimas ataduras que le habían realizado, no le costó liberar sus manos y quitarse la capucha de la cabeza.

Meli quedó paralizada y tan solo podía observar al hombre de pie a unos metros de distancia. Era algo imposible de evitar con aquella llamativa indumentaria de anchos pantalones negros y la camisa cruzada blanca. Eso sin mencionar la oscura caballera sujeta en un rodete y el arma... jamás había visto algo semejante. Ya eso solo habría capturado su atención en cualquier otra circunstancia. Le recordó a un sable, pero más angosta y alargada, y parecía ser mucho más sencilla de manipular. El filo brillaba bajo la luz del fuego que le daba un aire mortal. Y deseó poder dibujarla, pero no pudo admirarla por mucho tiempo más que, al instante, su captor regresó para volver a secuestrarla, pero este cayó bajo el filo de la exótica arma. La sangre manó con rapidez del profundo y delgado corte...y fue entonces que ella se desmayó.

Lo próximo que supo fue que Callan se hallaba cerca porque su voz retumbó en la estancia.

—¡Hiroichi! ¡Viejo amigo! Jamás podré agradecerte lo que has hecho.

Meli abrió los ojos a tiempo de verlo realizar una muy formal reverencia en la cual colocaba las manos a los lados de su cuerpo y doblaba la parte superior de su cuerpo.

—No fue nada comparado a lo que tú hiciste por mí, Callan-*san*.

—Tonterías. Salvaste a Meli. Ella...

—Ella es tu tesoro, *Ryu[3]-san* —bromeó el desconocido, y lo palmeó en el hombro, olvidando toda formalidad—. Ahora, espero me la presentes como corresponde.

—Señorita Amelia Thompson, permítame presentarle a mi buen amigo, Masamune Hiroichi.

Nos visita desde Japón —le informó mientras la ayudaba a levantarse del sillón de tres cuerpos, donde la había acomodado luego de su desmayo.

—Es un honor conocerla, lady Amelia.

—Señor Hiroichi.

—Masamune, pequeña. Ellos siempre utilizan el apellido por delante del nombre cuando se presentan.

—Le estoy muy agradecida por su ayuda. Si no, no sé qué habría pasado.

—En ese caso, espero que no le importe que le haga compañía mientras dure su estadía.

—Pero... —La tensión en Callan le dio la respuesta. Alguien había intentado secuestrarla, tener a un aliado como el recién llegado para protegerla definitivamente era una idea excelente—. Se lo agradezco. —E imitó la reverencia que Callan había hecho momentos atrás, a lo que Masamune se mostró en extremo complacido.

Luego de eso, y con todo lo ocurrido, Meli decidió satisfacer su curiosidad respecto a su salvador. No era que su interés fuese de manera alguna romántica, pero no podía evitar querer descubrirlo todo sobre una cultura tan diferente a la suya.

Así fueron transcurriendo las horas aquella noche. La visita del samurái, tal como le explicó el hombre que era, resultó ser una visita más que bienvenida. Pudo aprender mucho sobre su país de origen y tuvo la oportunidad de realizar varios dibujos de él y su inseparable *katana*. Sin mencionar que el hombre le mostró grabados de escenas tradicionales y Meli quedó fascinada con su arte y su manera de escribir. El samurái le prometió que le enseñaría a manejar la escritura *kanji* una vez que el peligro hubiese pasado y pudiera hacerlo con tranquilidad.

Amelia no pretendía dominar el idioma a la perfección, pero la idea de aprender algunas nuevas palabras la emocionaba y también la distraía del giro que había tomado su vida.

Si a Callan le molestaba su fascinación, jamás dio muestras de ello, excepto unos días después cuando le anunció que debía regresar a la ciudad por una emergencia. La tensión en su cuerpo era algo más que por lo apremiante de la situación. Meli confirmó sus sospechas cuando, sin aviso alguno, él la tomó en sus brazos y, uniendo sus cuerpos lo más posible, le robó un apasionado beso que la dejó sonrojada e intrigada respecto a cómo sería conocer más íntimamente a Callan.

Meli, en vez de estar ofendida, esperaba con ansias su regreso. Pese a lo ocurrido con lady Camille, su corazón había tomado una decisión y deseaba decírselo a Callan en persona y no por medio de una carta. Quería ver su rostro cuando ella, al fin le confesase sus emociones. Solo esperaba que no fuese tarde para ello. Si su apasionada despedida había sido sincera, entonces él aún anhelaba un compromiso con ella.

Capítulo 12

Casa de campo de los Kensington

Unos días más tarde

Amelia consideró seriamente si la señorita Grey no habría tenido razón cuando le leyó las hojas de té al día siguiente de su primer encuentro con Callan y le dijo que muchos cambios ocurrirían en su futuro, pero que una sombra oscura la acechaba. Porque parecía que cada una de sus predicciones se estaba volviendo realidad. Solo que ellas las había desestimado hasta hacía unos momentos atrás.

Cuando Merriweather la acorraló fuera del solar, luego de haber transcurrido la mañana dibujando, Meli supo que ya no podría evitar más el tema en cuestión porque incluso si le había dejado a su tío una misiva informándole su decisión, era obvio que el maldito hombre no se daba por enterado.

—Señorita Amelia...

—Sé que mi tío debió haberle informado de mi decisión, pero...

—Estaba seguro de que fue un error. Que ni siquiera usted es tan egoísta. —El hombre se veía sorprendentemente calmo dadas las circunstancias, pero algo en el brillo de su mirada la asustaba.

—¿Egoísta? ¿Por no desear ser su esposa? —preguntó con cautela.

—Y así poner en riesgo a todas las personas que ama...

Amelia supo que tenía que hilar fino porque la brillantez en los ojos del hombre de repente pareció rayar la locura.

—Lord Merriweather, mi tío aún no sabe esto, pero Rori Douglas pidió mi mano al día siguiente de conocernos y yo acepté su proposición.

—¿El joven Robert Douglas? El hijo de lord Callan..., duque de Cumbria.

—Así es. Me siento halagada por su interés, pero comprenderá que me es imposible aceptarlo. Ahora si me disculpa. Le deseo una buena noche, milord. —Y se apresuró a huir de su presencia.

Unas horas más tarde, cuando escuchó golpes en su puerta y se encontró con el samurái observándola con una expresión sombría en el rostro, sintió que el corazón se le detenía. En especial luego de leer la misiva en la que Merriweather le informaba respecto a la desaparición del joven Rori Douglas durante su paseo a caballo de la tarde. Eso sumado a otro críptico mensaje, pero no de quien ella esperaba.

Querida Meli:

Es imperativo que aceptes la propuesta de M. o, de lo contrario, Rori pagará las consecuencias. M. es experto en recordarnos a todos lo fácil que los accidentes ocurren y lo frágil que los seres humanos somos..., como mi hermana Teresa.

Por favor, sé que no hace falta que te lo pida, pero quema esta carta luego de leerla o algo más que mi vida estará en riesgo.

Con afecto,

Angie.

Era de su vieja amiga Ángela. ¿Acaso ella estaba en la mansión? Pero, de haber sido así, debió haberla visto, ¿o no? Pero, primero, tenía que asegurarse de que Rori estuviera a salvo.

—¿Amelia?

—¿Me acompañas de regreso a la ciudad? Debo conversar con mi tío. —En el camino, le explicaría todo lo que había estado ocurriendo si era que Callan aún no lo había puesto al tanto. Porque, por lo que él le había comentado, había venido para asegurarse de que Urania, una de las hermanas mayores de Calíope, estuviera bien. Así que sospechaba que no estuviera al tanto del nivel de locura de Merriweather.

Residencia Chamberlaine, Londres

Cuando unas horas después Archivald vio ingresar a su sobrina Amelia a su oficina, con el cabello suelto y vestida con uno de sus viejos vestidos cubierto por su favorito y viejo abrigo carmín, seguida de cerca por el samurái del que tanto había oído hablar, supo que las noticias no podían ser buenas.

El momento en que ella —pálida como jamás la había visto en su vida, ni siquiera cuando fallecieron sus padres—, hizo aparecer su viejo anillo y lo depositó sobre su escritorio, supo la verdadera gravedad de la situación.

—Meli...

—Escúchame, tío... Tengo tan solo unas horas o Rori morirá. Ayúdame.

—Todo por ti, pequeña... Ahora, cuéntame la situación —la instó. El tiempo apremiaba y no era momento para diplomacias.

Capítulo 13

Dos horas después

—Por favor, tío. Jamás te he pedido nada —susurró Meli. Su voz, temblorosa.

—Pequeña, ¿estás segura?

—Sí. Por completo. —Amelia no titubeó cuando firmó. Era un poder que sería entregado a su marido donde aceptaba todas sus condiciones. Merriweather de seguro que querría revisarlo bien antes de agregarle su propia firma. Pero valía la pena. Si eso aseguraba que Rori estuviese sano y salvo, era un sacrificio que estaba dispuesta a realizar. El había sido un buen amigo para con ella. Cuando bien pudo haberle acusado de tan solo querer las conexiones y el poder de su padre, Callan, y hacerle la vida imposible debido a ello, fue todo lo contrario. En ausencia de sus amigas, él se volvió un querido aliado y entrañable amigo. Y no estaba dispuesta a permitir que sufriera daño alguno si ella podía impedirlo. Y todo aquello sin mencionar que, con el mismo sacrificio, cumpliría con el pedido que le había hecho su amiga Ángela a través de la inesperada misiva que había recibido.

—Con esto, autorizas al hombre que sea tu esposo a tener absoluto control de tus propiedades, pequeña, y asimismo le entregas toda tu fortuna —comentó el hombre mayor con preocupación—. Sabes que siempre tendrás un lugar a mi lado y eres mi heredera. En mi testamento, estipulé que todo lo mío será solamente para ti y tus descendientes.

—Tío... —Meli sintió el ardor de las lágrimas en sus ojos. Estaba intentando ser fuerte.

—Déjame hacer esto por ti, mi niña. En lo que a mí respecta, eres como mi hija, Amelia, y haré todo lo que pueda para protegerte. Llegué demasiado tarde para Teresa y jamás me voy a perdonar a mí mismo la vida que le tocó a Ángela, pero a ti sí puedo salvarte, incluso si debes pasar tu vida al lado de ese monstruo.

—Tío... —Sin dudarle, Meli se levantó de su lugar frente al escritorio, lo rodeó y se lanzó en brazos de quien había sido su única familia desde que perdió a sus padres—. Te amo.

—Y yo a ti, mi niña. —El hombre carraspeó en un obvio intento por mantener control sobre sus emociones—. Ahora, salvemos a tu amigo, que nunca se sabe lo que este hombre es capaz de hacer. Si tan solo hubiese sabido antes de su regreso al Londres...

—Lo importante ahora es Rori, tío.

—Eres muy valiente, mi niña. Jamás permitas que nadie te haga creer lo contrario.

Un golpe en la puerta le recordó que no se hallaban solos y cuando el mayordomo ingresó cargado con un enorme paquete y una carta, ambos se alarmaron. Con dedos temblorosos, Meli leyó el contenido de la misma y destrozó el papel para encontrarse con un vestido color marfil añejo que Merriweather exigía utilizara en el baile de aquella noche.

Capítulo 14

Amelia sentía que le faltaba el aire, pero sabía que estaba haciendo lo correcto aunque parte de esa opresión no desaparecía hasta no ver con sus propios ojos a su amigo Rori sano y salvo en el baile.

Esa había sido otra de las condiciones de Merriweather, anunciar su próxima boda en el baile de esa noche. Que todos supieran que estaban comprometidos. Meli sabía que lo hacía para herir a Callan y para satisfacer su propio ego herido por su rechazo, pero ella tan solo quería atravesar el momento y poder regresar a su hogar para llorar todo lo que aún no había podido. Pero primero lo primero: mantener contento al odioso hombre y que su amigo estuviera sano y salvo.

Con lo que no contó fue con la intempestiva llegada de Callan que, luego de observarla bailar con su *prometido*, logró arrebatársela a otro de los invitados.

—¿Tan poco fui para ti?

—¿Perdón?

—Todos sabemos que el título del bastardo ese fue comprado. Tiene mucho poder y dinero, pero no es uno de nosotros y jamás lo será. Ni siquiera por contraer matrimonio contigo.

—Callan, por favor, déjame. Tú no entiendes.

—Lo entiendo todo. Me engañaste y también a Rori.

—Callan...

—Nos usaste para darle celos y asegurarte una propuesta matrimonial de parte suya. Y yo creyendo que realmente me amabas y que podíamos tener un futuro juntos. —El dolor en su mirada la estaba matando, pero sabía que decirle la verdad tan solo lo pondría en riesgo.

Fue entonces que vio por el rabillo del ojo a Rori acompañado de un desconocido. Y no se le pasó por alto el brillo de un arma astutamente escondida para que tan solo ella pudiera verla... Apuntaba directo a las costillas de su amigo. Lo odiaba, pero sabía lo que tenía que hacer.

—Tienes razón, Callan. Ese fue siempre mi plan. ¿Por qué quedarme contigo cuando puedo conseguir un mejor partido? Y ambos sabemos que la aristocracia no va a subsistir así eternamente. La industria progresa y avanza, se afianza, y solo aquellos que se unen a ese nuevo movimiento van a sobrevivir. Los títulos, como el tuyo, se van a volver algo obsoleto —soltó a bocajarro. Cada palabra la sentía como un latigazo en su alma—. Ahora si me disculpas, mi prometido desea bailar una nueva pieza conmigo. Hasta luego.

—Hasta nunca..., lady Thompson —masculló Callan entre dientes y la liberó.

El instante en que Meli estuvo al lado de Merriweather, vio cómo el desconocido guardaba el arma y le indicaba a Rori que se marchase del baile por una salida lateral. Su amigo estaba a salvo y así continuaría mientras ella cumpliera con su parte del trato.

Capítulo 15

Finalmente de regreso, en la mansión, Rori observaba a Callan pasearse como un león enjaulado delante de él.

—Debí suponer que un rostro bonito como el suyo escondería alguna oscura intención. Si no, ¿por qué otra razón aceptaría casarse con Merriweather? Si hasta se han anunciado los esponsales en el periódico de la ciudad. Según parece, el tío les consiguió una dispensa especial para realizar el casamiento cuanto antes. ¿Acaso crees que esté embarazada? Mío no puede ser porque jamás me permitió tocarla de esa manera..., aunque si su objetivo siempre fue el maldito bastardo ese, bien podría ser una mentira para mantenerlo interesado y así asegurarse un matrimonio beneficioso.

—Padre...

—Y tú, Rori. Heredaste el temperamento calmo de tu madre y no viste el engaño en el que ella nos estaba involucrando. Realmente es una gran actriz porque hasta sus amigas creyeron todas sus mentiras.

—Padre....

—Pensar que... me le declaré como un imbécil y ella jamás me amó. No como yo...

—¡Padre! —finalmente el joven estalló y, de un empujón, sentó a su padre en su sillón favorito —. ¡Amelia no ama a nadie más que a ti, padre, pero estás demasiado ennegrecido por los celos para verlo!

—Eso es absurdo. Si fuera verdad, habría aceptado mi proposición o dado alguna indicación de que deseaba ser mi esposa y no la de ese maldito bastardo.

—¡Ella lo hizo para salvarme a mí! No me fui de juerga con ningún amigo ni andaba con una de mis amigas casuales. Merriweather supo que ella planeaba pedirte ayuda y que aceptaría tu propuesta. Aprovechó la confusión con Camille y que Meli tenía su guardia baja. Ella le dijo que yo era su prometido porque supuso que así la dejaría en paz, que jamás se buscaría problemas con los Douglas..., pero estaba equivocada.

—No puede ser—suspiró arrepentido—. Amelia... Mi Meli... Mi amor. —La angustia era más que palpable en el rostro del hombre.

Pese a las circunstancias, Rori sintió alivio de haber podido sanar el dolor de su padre. Entonces tenían que hallar la manera de salvar a Meli.

—Padre, Meli...

—Es mía. Jamás se convertirá en la esposa de ese maldito bastardo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a solicitar refuerzos.

—Ya era hora, viejo amigo. —Ciarán Ruah masculló de entre las sombras—. Tengo un plan y necesitaremos de la ayuda de sus amigas.

—Dalo por hecho. —Alexander y Byron hicieron también su aparición y, entre todos, pasaron las siguientes horas planeando lo que iba a ocurrir en la mascarada que Desdémona y Clarisse habían insistido en organizar para antes de la boda.

—El arzobispo está al tanto de mi plan y contamos con todo su apoyo —les comento Ciarán mientras les explicaba exactamente lo que cada uno iba a hacer.

Capítulo 16

Casa de campo de los Kensington

Tres días después

—Lo siento mucho, Meli-san, pero esto es imperativo.

No supo cómo el samurái lo logró, pero cayó desmayada en sus brazos justo cuando estaba por abandonar la habitación para ir a unirse al resto de los invitados en la fiesta de disfraces. Lo único que sintió fue una ligera presión cerca de la unión entre su cuello y su hombro.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio el rostro preocupado de su tío que la observaba con detenimiento.

—¡Meli! ¡Mi niña!

—¿Tío? —Confundida, se sentó con lentitud mientras miraba a su alrededor. Reconocía el hermoso invernadero, todo cultivado por la hábil mano de Desdémona. Y no se le pasó por alto que la decoración se parecía sospechosamente a la de una organizada para una boda.

Una delicada pérgola de hierro, con jazmines chinos que colgaban del mismo, así como velas encendidas dentro de pequeños faroles que formaban un camino... De hecho, pensó que así se vería su boda soñada... Algo sencillo y con la gente que amaba. Algo muy distinto a lo que pronto viviría con Merriweather.

—Arzobispo, no tenemos mucho tiempo. Las otras *Mariás Antonietas* han tomado sus posiciones. —Un desconocido apareció de la nada, y Meli se sobresaltó cuando este le dirigió la palabra—. Lo siento, pero tus amigas nos están ayudando y la idea no es arriesgarlas.

—¿Qué? —Preocupada, se puso en pie, pero, por lo visto, se había movido con demasiada rapidez porque se tambaleó y un fuerte par de brazos la atraparon—. Gracias.

—Nunca tienes que agradecerme, Meli. Siempre quiero ser quien te proteja de todo. —La voz de Callan la sobresaltó aún más y, de inmediato, se apartó de su lado.

—No puedes estar aquí. Rori, él...

—Está con Alexander vigilando a Cali mientras Byron vigila a Urania y a Birdie que se fueron en dirección a las caballerizas y al aljibe. Solo para estar seguros, Bianca se fue en dirección a la biblioteca...

—¿Pusieron en peligro a mis amigas?

—Tranquila. Tengo a varios de mis hombres cuidándolas. Merriweather no se va a salir con la

suya —masculló el desconocido. La ira era más que obvia en su mirada—. Ese maldito bastardo...

—¿Y usted es...?

—Ciarán Ruah, señorita Thompson. Su tío me conoce y gozo de su confianza. Disculpe lo ocurrido con Hiroichi, pero fue necesario.

—Les agradezco a todos lo que quieren hacer, pero Merriweather no se va a detener hasta obtener lo que quiere.

—Tiene razón, pero sí podemos asegurarnos de mantenerlo alejado de usted.

—¿Y cómo lo van a hacer?

—Eso depende ahora de lord Douglas. Veamos si sus palabras son solo eso o realmente está dispuesto a respaldarlas con acciones —masculló Archivald observando con detenimiento y actitud desafiante al hombre que aún sostenía a su sobrina en sus brazos.

—¡Tío!

—Calla, pequeña. Lord Douglas... —Su tío enarcó una ceja de esa manera tan característica que las cosas iban a llegar a mayores y rápido si no obtenía una respuesta como la que esperaba.

Para su absoluta sorpresa, en tres pasos, Meli se encontró de pie bajo la pérgola; Callan, hincado frente a ella. Y, mientras con una de sus manos sostenía la izquierda de Amelia, la suya derecha hizo aparecer una sortija con un diamante violeta... comparable al color de sus ojos.

—Sé que preferirías tener a tus amigas aquí contigo en un momento así, pero no estoy dispuesto a perderte, Meli.

—¿Callan?

—Te amo, Amelia Thompson. Juro amarte y protegerte de todo y todos. Mataré dragones por ti, cargaré tus compras y ayudaré a cambiar los pañales de nuestros niños. Puedes llenar la casa entera de tus maravillosos dibujos y convenceré a tu tío de visitarnos más seguido. Pero, por sobre todas las cosas, ¿aceptas ser mi familia?

Meli sonrió entre lágrimas y asintió. El instante en que Callan le colocó el anillo, se lanzó a sus brazos y le cubrió el rostro de besos.

—Sé que no fue una ceremonia como las que se espera, señor, pero...

—Ve y haz de mi niña una mujer honrada, muchacho. Ya después habrá tiempo de ocuparse de las formalidades. Pero antes, firmen aquí... que de Merriweather me ocupo yo.

—Nosotros —acotó Ciarán. Y así sería, pues, aquella noche, el hombre desapareció de la ciudad, aunque tampoco se sabría el paradero de aquel monstruo que nadie, jamás, extrañaría.

Y apenas el acta estuvo firmada, ambos hombres se marcharon en dirección al salón de baile principal. Así las *Marías Antonietas* podrían deshacerse de sus disfraces.

—Y ahora, mi duquesa, permíteme llevarte a nuestro nuevo hogar...

—Oh, Callan...

Esa tan solo sería la primera de muchas noches repletas de romance y amor para la feliz pareja.

Epílogo

Mansión de los Douglas, Londres

Un mes y medio más tarde

—Cali me envió hacia aquí porque me mencionó algo de una sorpresa —le susurró Callan al oído mientras la abrazaba por detrás y ambos observaban, a través de la ventana y desde el interior del salón de estar, el bello jardín iluminado por la luna llena.

—Sí. Preferí dártelo a solas, aunque estoy segura de que mis amigas han organizado algo... —Rio divertida consciente de que, de seguro, todos los estaban oyendo detrás de las puertas dobles.

—En especial porque quieren atrapar al misterioso enamorado de Bianca de la noche de la fiesta de disfraces —le comentó mientras le depositaba un beso en el cuello—. Aunque ni siquiera Ciarán ha logrado averiguar algo al respecto..., por lo que no estamos seguros de que sea bueno o malo. —Y volvió a besarla en el cuello.

—¡Callan! Los niños pueden entrar. No te olvides de que están Sammy y las gemelas correteando por todas partes...

—Pero, en unas horas, se irán y estaremos solos, mi pequeña Meli —le susurró seductor mientras la giraba para robarle un beso apasionado.

—No exactamente, mi amor... —De repente, la timidez la invadió. Meli se liberó de su agarre y se acercó a la pequeña mesa de té, donde había dejado apoyado su cuaderno de dibujo. Con delicadeza, arrancó la hoja superior y, manteniéndola escondida contra su pecho, esperó a que él se le acercara para mostrársela.

En la misma, se lo veía a Callan sosteniendo a un bebé envuelto en una manta, pero, por debajo de la misma, un par de rechonchos piececitos asomaban, lo que indicaba que su sorpresa llegaría con la primavera.

Callan tuvo un instante de pánico, pero pronto el amor que sentía por Amelia lo acalló. Esta era la vida que le daba una segunda oportunidad y pensaba disfrutarla al máximo junto a Meli.

—Eso... Tú... Nosotros... Rori siempre quiso tener más hermanos. —Conmovido, la envolvió en un abrazo, y luego la sujetó de la cintura y la hizo girar en círculos.

—Y preferiría que no saliera mareado, padre. —El joven abrió las puertas dobles que conectaban con el salón principal, se les acercó y los abrazó con afecto—. Sé que eres mi nueva madre, Meli, pero... suena algo raro.

—Por favor, Rori, somos amigos... hasta que intentes meter a tus hermanos y/o hermanas en problemas —bromeó Meli, y le pellizó una mejilla.

El resto de los presentes no tardó en ingresar al salón y felicitarlos. Cali, radiante con su propio embarazo, no pudo más que llorar a lágrima viva al saber que podría compartir esa bella experiencia con una de sus amigas.

El sonido de una copa que se derramó atrajo la atención de todos y vieron cómo Selene sujetaba entre sus manos el cuaderno de dibujo de Amelia.

—¿Ciarán? Pero... él...

—Yo... Lo siento tanto, lady Selene... —Callan conocía algo de la antigua historia de la pareja y era consciente de que, para aquella mujer, enterarse de esa manera del regreso de quien había sido su mejor amor no era lo mejor—. Él...

Pero ella no lo escuchaba, sus dedos recorrieron el rostro dibujado en el papel y que, a pesar de los años, hacía que su corazón latiera enloquecido. Pero lo que verdaderamente la afectaba era ver la tristeza y el dolor en ojos que sabían eran brillantes como las verdes praderas de Escocia. ¿Acaso él había sufrido tanto como ella?

—El dibujo es tuyo si lo deseas, Selene —le susurró Meli, y se lo entregó, pero cuando vio cómo la dama lo escondía entre los pliegues de su vestido y luego se apresuró a recuperar su compostura, supo que no todo estaba dicho. Por unos instantes, se compadeció del pobre hombre cuando Selene lo hallara, porque se las iba a ver negras.

—No deseo saber nada sobre él, Callan. Lo hecho, hecho está. Hoy hay que celebrar. Un nuevo miembro se une a nuestra floreciente familia y las únicas lágrimas que tienen que derramarse son de felicidad.

Horas después, Callan y Rori compartían un poco de tiempo de calidad.

—Jamás creí verte nuevamente casado, padre.

—Yo tampoco. Pero todos los truhanes caemos si encontramos a la mujer correcta.

—O sea que ahora te has convertido en un truhan a sus pies —bromeó el joven. Y, tal como cuando había sido un niño, su padre le revolvió los cabellos.

—Volvamos adentro antes de que Meli piense que estamos por meternos en algún problema.

—Como si eso nos costase mucho.

—Un día, hijo, tendremos una conversación muy similar, pero en honor a la mujer que robe tu corazón...

Agradecimientos

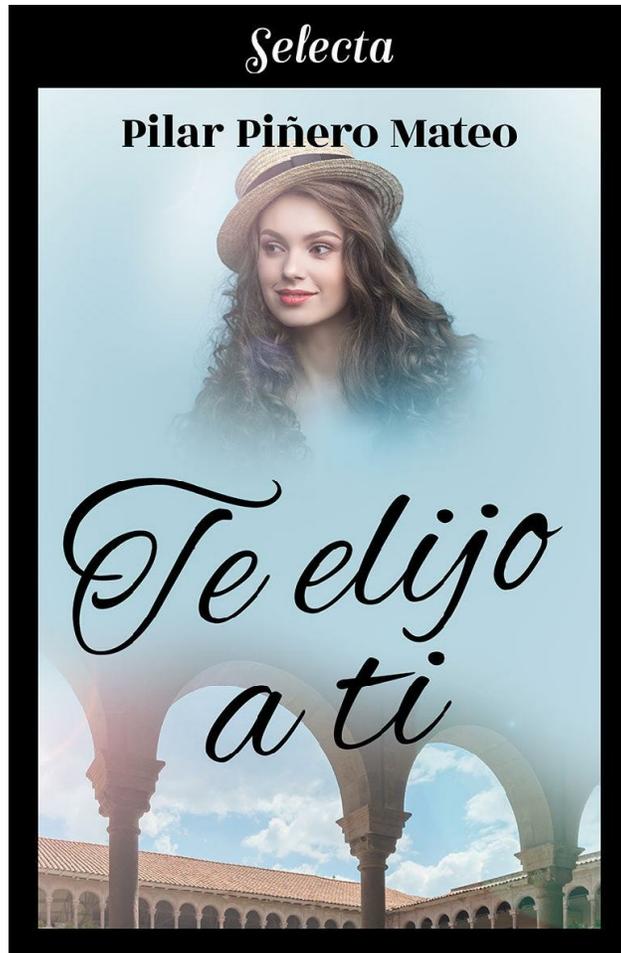
A Lola Gude y a PRH, por su apoyo y continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

A J. Gracias, amiga, por todo tu apoyo y aguante. Me siento privilegiada de contar con tu amistad y espero poder devolvértelo con creces. ¡Vamos por más!

Si te ha gustado
Un truhan a tus pies
te recomendamos comenzar a leer

Te elijo a ti
de *Pilar Piñero Mateo*



Capítulo 1

ELLA

¡¡¡No me lo puedo creer!!! Se ha acabado, cuatro años de lucha, infinidad de horas de estudio, noches en vela, nervios, deberes, trabajos, exámenes... ya sé, ya sé, solo he acabado la ESO, pero ha sido duro... Mis circunstancias personales no son las normales para una chica de dieciséis años.

Fui abandonada por mis padres cuando nació. Me dejaron en la puerta del convento de Santa Clara de Salamanca, que pertenece a la orden de las Clarisas o Franciscanas y, desde ese día, vivo aquí, ¿curioso, eh? Una chica de dieciséis años que vive en un convento y, como no podía ser de otra manera, me llamo Clara.

El día que las hermanas me encontraron, se enamoraron de mí al instante. El obispo estaba de visita en el convento ese día y, al ver la ilusión de las hermanas, decidió darles «la gracia y la bendición» para quedarse conmigo, haciéndolas responsables de mi educación hasta que tuviera los dieciocho años. Por supuesto, ellas aceptaron encantadas.

Mi vida aquí es rara a los ojos de la gente pero, para mí, es de lo más normal. He crecido rodeada de amor. Las hermanas han sido siempre unas excelentes madres y amigas. Me enseñaron todo lo necesario para ser una superviviente, para valerme por mí misma y para tener el valor de luchar por aquello que quiero.

De pequeña las llevaba por el camino de la amargura. Fui bastante traviesa y a menudo me perdía por el convento y tardaban horas en encontrarme. Corría por los pasillos, me metía bajo sus hábitos, les ponía ranas en las camas, cambiaba el pimentón dulce por el picante y el azúcar por la sal... todo lo que se me ocurría. Tuvieron una paciencia infinita conmigo y por eso las quiero con locura a todas.

Mi relación con ellas es excelente, aunque con la madre superiora, sor Aurora, choco un poco. Tiene un carácter bastante seco para mi gusto. Sé que me quiere, pero siempre tiene alguna queja de lo que hago, de lo que digo, de todo... y es muy seria; creo que nunca la he visto sonreír.

Entro por la puerta de las cocinas. Allí están mis dos soles: la hermana María y la hermana Ana. Son las mejores cocineras del mundo. Cocinan cada día para todas nosotros: quince hermanas, la madre superiora, yo y una veintena de niños de familias desfavorecidas que comen cada día allí, y para alguien más que siempre se apunta a última hora.

—¡He acabado, he acabado, ole, ole, ole! —digo bailando como una loca al entrar en la cocina.

—Ay, mi niña... mi corazón, mi cielo, ven aquí para que te abracemos, ven. Para de bailar, locuela... —Y me encierran entre sus brazos. Son tan buenas...

—Estoy muy contenta, hermanas, emocionada y orgullosa de mí misma. Mirad mis notas finales, vais a flipar.

—Esa boquita... —las dos miran mis notas con una sonrisa.

—Eres estupenda, lista y buena. Estamos orgullosas de ti, mi ángel.

—Muchas gracias, hermana Ana, vosotras sí que sois ángeles. Bueno, voy a ver a sor Aurora, aunque no sé si estoy preparada para ver su cara de...

—Clara, haz el favor de no hablar así de sor Aurora. Te quiere como si fueras su hija. Se va a alegrar mucho por ti. Ella está igual de orgullosa que nosotras. —La hermana María siempre tan conciliadora entre las dos.

—Sí, bueno, vale, voy. Ya os contaré. —Y me dirijo hacia su despacho.

Siempre está encerrada trabajando. Es incansable. Solo sale para comer y para orar con las hermanas. Llamo a la puerta y espero...

—Adelante, por favor.

—Hola, sor Aurora.

—Hola, Clara, ¿cómo te han ido las notas?

—Muy bien, tenga, véalo usted misma. —Y le entrego el boletín de notas. Lo estudia durante lo que me parece una eternidad.

—Bien. Todo excelente. Ya te dije que el esfuerzo tiene su recompensa. Muy bien. ¿Qué vas a hacer ahora? —Allá vamos.

—Pues, creo que merezco pasar un buen verano, sin libros de por medio, solo los que me apetezca leer, ir a la piscina con mis amigas, salir... disfrutar.

—Ya... la gandulería no es buena, Clara, y sabes lo que pienso al respecto, así que he pedido a la hermana Elo que te dé clases de refuerzo para que cuando empieces el bachillerato vayas por delante. Una buena base es importante para seguir aprendiendo —sentencia. Ya me olía yo algo así.

—Pero, sor Aurora, he trabajado mucho todo el año; quiero descansar y pasarlo bien. Me lo merezco. —Sé que va a ser inútil discutir, pero no me voy a rendir sin pelear.

—No seas vanidosa, niña; tienes que prepararte y lo vas a hacer.

—Uf... ¿Cuánto rato al día tendré que estudiar? —No sirve de nada discutir, es mejor acatar su orden.

—La hermana Elo dice que con dos horas diarias será suficiente. Los fines de semana los tendrás libres. El horario de estudio lo tienes que hablar con ella; ahí no me meto —Vaya, que raro...

—Vale, voy a hablarlo con ella. Gracias, sor Aurora.

—Clara... estoy muy orgullosa de ti. Cierra la puerta al salir. —Y ahora sí que me ha dejado con la boca abierta. Es la primera vez que me dice algo así. Le sonrío y salgo del despacho más contenta que unas pascuas.

La hermana Elo lleva solo tres años con nosotras. Era profesora en la facultad de Derecho canónico, hasta que decidió retirarse y venir aquí. Es una máquina, culta e inteligente y con un don para la docencia, pero su artritis la ha vencido y, aun siendo joven, tiene una movilidad muy reducida. Me enfada que sor Aurora quiera que estudie en verano también, pero será más llevadero hacerlo con la hermana Elo.

La encuentro en la biblioteca, como siempre, y hablamos de los horarios y del temario. Al final quedamos en que haremos una hora y media lectiva diaria y media hora de «tutoría», o sea, hablar

de lo que nos venga en gana. Es una trampilla sin importancia, así sor Aurora estará contenta y yo también.

Esta tarde voy a salir con mi grupo de amigas. Hemos organizado una fiesta en casa de Irene. Vive aquí cerca, a cinco minutos. Sus padres son benefactores del convento y por eso tengo el beneplácito de sor Aurora para ir.

No salgo mucho y de chicos cero, pero en eso no tiene nada que ver el lugar en el que vivo. Es por convicción propia. No me interesan ni los chicos ni la fiesta, pero hoy es especial y por eso quiero ir.

Me pongo unos tejanos cortos, una camisa sin mangas y unas sandalias que me encantan. Seco la maraña de pelo con el difusor. Con espuma mis rizos castaños quedan geniales. Me pongo un poco de brillo de labios y nada más. Nunca uso maquillaje ni rímel porque tengo unos ojos verdes demasiado grandes para mi gusto e intento disimularlos. Un último vistazo en el espejo antes de irme. Me doy el visto bueno y salgo de mi habitación, porque yo tengo una habitación, no una celda como las hermanas, y mi cuarto es precioso, luminoso y muy grande, además de tener un baño para mí sola.

Cuando voy por el pasillo saltando y canturreando, me llama sor Aurora.

—Clara, por favor, quiero que vengas a las nueve y media, y no hagas nada reprobable. ¿De acuerdo? —¡Guau! Media hora más tarde de lo normal.

—¡Muchas gracias, sor Aurora, ni un minuto más tarde! Y no se preocupe: seré buena. —Le doy un beso en la mejilla y salgo dando saltitos de alegría.

La hermana Asunción —Asun como yo la llamo— me acompaña en coche, porque va a pasar la noche en el hospital General de la Santísima Trinidad. Es voluntaria allí. Acompaña a enfermos que no tienen familiares que se puedan ocupar de ellos. Ella es enfermera, aunque hace muchos años que dejó de ejercer. Sé que algo grave le pasó, pero nunca se habla de ello.

Me deja en casa de Irene y entro llena de emoción.

La casa de mi amiga es una pasada. Sus padres son cirujanos plásticos y están muy sensibilizados con las personas que no han tenido suerte en la vida. Contribuyen con varias causas benéficas. Por lo visto, el padre de Irene tuvo una infancia difícil y ayuda todo lo que puede a los más desfavorecidos. Nos han dejado hacer la fiesta en una casita para invitados que tienen en el jardín. Vamos a ser unos veinte entre chicos y chicas. Estoy emocionada.

La fiesta va muy bien, bailamos y nos reímos muchísimo. Mis mejores amigas son Irene y Lara. Somos inseparables desde P3 y ahora iremos a bachillerato juntas también, «el trío la, la, la», como nos llama la madre de Lara. Las dos son de buenas familias, gente pudiente, pero solidarias y comprensivas. Me han acogido desde el primer día como a una hija más y me siento querida por todos ellos. Como veis, mi vida no es tan mala.

Cuando veo que son las nueve y cuarto, me despido de mis amigos y voy hacia el convento andando. Es un trayecto corto, pero la zona es un poco solitaria. Todas las casas son mansiones señoriales e imponentes que solo se pueden ver aquí en la parte alta de la ciudad y la mayoría

solo se ocupan en los meses de verano.

Estoy un poco inquieta desde que he salido. No sé lo que me pasa. Tengo la impresión de que alguien me sigue; miro hacia atrás pero no veo a nadie. Deben ser paranoias mías. Pero, de pronto, alguien me agarra por detrás arrastrándome hacia el lateral de una de las casas con un movimiento tan violento que la cabeza golpea contra la pared y quedo un momento aturrida.

—Mira que cosa tan bonita tenemos aquí...

—Joder, es una delicia, está buenísima, tío.

Estoy petrificada. El miedo me ha dejado paralizada. Tengo ante mí a dos hombres bastante altos. Aunque no los veo muy bien sí puedo distinguir sus intimidantes siluetas.

—Dejad que me vaya, por favor... —He empezado a llorar y estoy aterrorizada.

—De eso nada, guapa. Vivís muy bien en este barrio, sois unos putos privilegiados. No os falta de nada, ¿verdad? —empieza a acariciarme la cara con su nariz, oliéndome. Estoy temblando.

—Tíos, ¿ibais a empezar sin mí? —Aparece un tercero, tan grande y siniestro como los otros dos. Esto se pone cada vez peor.

—Muchachos, vamos a divertirnos, la noche promete.

Y empieza mi suplicio. Allí mismo, al lado de un contenedor de basura, soy agredida sin piedad por unos seres despreciables en un acto tan salvaje, que marcará mi vida para siempre.

Los oigo hablar en susurros y de repente noto un dolor agudo y punzante en el pecho, que me hace dar un grito que abrasa mi garganta.

Ahora discuten... Dicen algo de una marca de dientes, que los pueden identificar... Se pelean... Pero yo ya estoy lejos, una oscuridad que recibo agradecida se cierne sobre mí y entonces oigo unas campanas. Son las campanas del convento. Dios mío ayúdame. Mi último pensamiento es para sor Aurora y lo mucho que se va a enfadar conmigo.

Me pesan los ojos; quiero abrirlos, pero no puedo. Oigo voces, susurros y, detrás de mis párpados, hay luz. No siento mi cuerpo. Quiero despertar, pero no puedo y dejo de intentarlo. Me abandono a ese letargo que me engulle.

Otra vez esas voces y... ¿llantos? sí, alguien está llorando junto a mí y me tocan. Noto la calidez de una mano en la mía e intento mover los dedos, apretar esa mano para que me ayude, pero no puedo...

Oigo mi nombre, muchas veces... y llantos desesperados y ruegos para que abra los ojos.

—Clara, hija, despierta por favor. Queremos tenerte de vuelta, despierta, loquita.

Es sor Ana. Reconozco su voz; está llorando. Pruebo a abrir los ojos. Solo lo consigo un poco. La luz me ciega.

—Carmen, cierra un poco las cortinas; le molesta la luz —es sor Elo.

Mis ojos se acostumbran poco a poco a la penumbra y empiezo a ver. Mis hermanas están aquí: está Carmen, Ana, Elo, Asun y, cuando giro un poco la cabeza, veo también a sor Aurora. Están

llorando. ¿Por qué lloran? Intento moverme, pero no puedo. Me duele mucho todo el cuerpo. Y entonces empiezo a ver imágenes... aquellos hombres, yo en el suelo, ellos sobre mí haciéndome daño... Me ahogo, ha pasado de verdad, no puedo respirar, quiero desaparecer, hundirme en un letargo eterno, no, no, no...

—¡¡Doctor, doctor!! ¡Por favor, que venga alguien! —Y vuelve la oscuridad y la paz.

Tengo mucha sed, noto la garganta como si tuviera mil agujas clavadas. Necesito que pedir agua.

—Aaagua... —La voz me sale a duras penas y me causa un dolor agudo en la garganta.

—¡Clara, cariño! Sor Aurora acérqueme el vaso de agua, por favor. Toma cariño, bebe poco a poco, así.

—Gracias. —Por fin me salen las palabras que se siente como lijas en mi garganta.

—No te fuerces. Ahora vendrá el doctor a verte, cariño, mi niña...

—No quiero, no quiero ver a nadie —empiezo a llorar histérica.

—No llores cariño, no llores. El doctor no te hará daño, tranquila, nunca nadie más te hará daño. —Sor Aurora llora desconsolada.

La puerta se abre y entra un doctor. Es joven y lo sigue una enfermera que me mira fijamente. En sus ojos veo una pena infinita, pero no los quiero aquí, no quiero que se me acerquen.

—Hola, hermanas, soy el doctor Arán, déjenme reconocer a la paciente, por favor, salgan.

—¡Nooo! no, no, no... por favor no, no me dejen...

—Tranquila. Yo me quedo doctor, hermanas, esperad fuera.

—Claro, sor Aurora, por supuesto. Clara, soy el doctor Arán ¿Recuerdas lo que te pasó?

—Doctor, no creo que sea oportuno...

—Sor Aurora, necesito saber cómo está mi paciente, si recuerda algo de aquella noche, si responde a estímulos visuales. Hay que hablar con ella, tiene que saber...

—Recuerdo todo, doctor. —Empiezo a llorar desconsolada. —Recuerdo lo que me hicieron. Eran tres, la oscuridad, el dolor, las campanas del convento, las oigo...

—Enfermera, inyéctele un calmante por favor.

—Muy bien, Clara, tranquila, ya está —me tranquiliza sor Aurora abrazándome.

—¿Cómo llegué aquí? —El tranquilizante ya corre por mi riego sanguíneo y empieza a adormecerme.

—Los encargados de la limpieza te encontraron y te trajeron aquí inmediatamente ¿Sientes dolor? —me pregunta el doctor.

—Si me muevo, sí, en todo el cuerpo y en este pecho. Los ojos...

—Los tienes muy hinchados, por eso no los puedes abrir. Pronto bajará la inflamación.

—Quiero dormir, por favor... —Ya no puedo más. Los recuerdos cada vez son más nítidos, más insoportables. No quiero recordar.

Despierto, abro los ojos y veo a la hermana Carmen dormida en el sillón al lado de mi cama, con mi mano cogida entre las suyas. Es de noche. Hay una pequeña luz encendida encima de mí. Entreabro los ojos todo lo que puedo. Estoy en el hospital; no veo a las hermanas, solo a sor Carmen. Oigo voces que se acercan y decido hacerme la dormida cuando entran en la habitación.

—Hermana Ana, todas pensamos igual, pero tiene que hablar con la policía o esos desgraciados quedaran impunes.

—Asun, es una niña. Tenemos que ayudarla a olvidar y, si la hacen revivir aquello...

—Hermana, te aseguro que aunque no cuente nada, lo que le ha sucedido no lo va a olvidar en la vida. Sabéis lo que me pasó y os aseguro que no hablarlo, taparlo como si nada hubiera pasado, no va a hacer que lo olvide, al contrario, se enquistará en su interior, lo sé. Tenemos que darle la mano en este camino que tiene que emprender, y ayudarla. Tiene que saber que este hecho horrible va a formar parte de su vida, de sus decisiones futuras, y que las relaciones que emprenda a partir de ahora estarán marcadas por ese hecho. Eso no lo va a evitar nada ni nadie. —Asun... ¿ese es tu secreto?... pobrecita. Empiezo a llorar en silencio, por ella, por mí y por todas las mujeres que han pasado y pasarán por esto. Pero yo puedo poner mi granito de arena y, aunque me va a costar un infierno, tengo que hacerlo, voy a hablar con la policía para intentar ayudar.

—Estoy de acuerdo contigo, hermana Asun; ella no estará sola. Nos tendrá a todas nosotras — dice sor Aurora.

—¿Clara?, cariño, no llores —ahora también llora ella, la hermana Asun.

—Siento lo que te pasó, lo siento tanto, Asun...

—Tranquila, mi niña, ya hace mucho tiempo. He aprendido a vivir con ello y tú también vas a aprender. Todas te vamos a ayudar. Estás rodeada de gente que te quiere y vas a salir de esto. — Me abraza fuerte y yo a ella.

—Clara, tienes que descansar.

—No, sor Aurora. Necesito que me contéis lo que el médico ha dicho. Tengo derecho a saber en qué estado llegué aquí y cómo estoy ahora.

—Creo que será mejor que mañana el médico hable contigo. Ahora es tarde, y hemos decidido que la hermana Carmen se quede esta noche para acompañarte, ¿de acuerdo?

—Está bien, sor Aurora, pero una vez hable con el médico, quiero hablar con la policía, ¿puede usted encargarse por favor?

—Si es lo que quieres, así se hará. Descansa, mañana vendremos a verte y acompañarte. Pequeña, vas a estar bien, te lo prometo. —Se le saltan las lágrimas. Es la primera vez que veo a sor Aurora tan cercana.

—Gracias a todas y vosotras descansad también. No tenéis buena cara, no os preocupéis, estoy bien, voy a estar bien.

—Claro, cariño. Buenas noches.

Una a una, me besan y abrazan. Mañana será un día duro, pero así tiene que ser.

Me he quedado dormida aquí, otra vez. Últimamente siempre despierto en el mismo sitio. Me desvelo a las dos o tres de la madrugada con esa sensación de ahogo y pánico que tan bien conozco. Entonces me envuelvo en una manta y salgo aquí al patio, me estiro en la tumbona y acabo durmiendo al raso. Las hermanas ya saben que cuando salgan para dirigirse al comedor a desayunar, me van a encontrar aquí. Entonces me echan otra manta por encima y dejan que siga durmiendo hasta que la luz del amanecer me despierte.

Llevo así los últimos seis meses. Los peores seis meses de mi vida pasada, presente y puedo asegurar que futura. No lo supero, no lo olvido, no puedo vivir con ello. Mis amigas han venido, pero no las he querido ver. Sus padres han llamado, pero no he querido hablar con ellos. Quiero estar sola. Solo tolero la presencia de las hermanas, ni siquiera como en el comedor por no tener que ver a los niños. No quiero que me vean, no quiero que me hablen. Solo espero... que el tiempo pase, que este dolor desaparezca, pero nada de eso sucede. Cada día es el mismo, igual de intenso, igual de devastador.

Cuando hace seis meses me desperté en el hospital intenté ser fuerte, me mantuve entera mientras oía al médico explicarme en qué estado estaba. A causa de un mordisco de uno de mis agresores, se me inflamó una glándula mamaria que después se enquistó y se infectó. Los médicos lo intentaron todo y tenían esperanzas, pero nada fue suficiente y, finalmente, dos meses después de la agresión, me empezó a subir la fiebre y vieron que la infección se había extendido, por lo que tuvieron que amputarme el pecho. Era eso o arriesgarse a que la septicemia acabara conmigo.

En esas conversaciones y en las posteriores con la policía adopté una estrategia. No sé cómo sucedió. Simplemente surgió, o mejor dicho, creo que la deseé tanto que me fue concedida. Era capaz de hablar y parecer impasible, porque realmente lo era. He aprendido a aislarme perfectamente. Me comporto como una autómatas. Mi alma abandona mi cuerpo cuando quiero, solo necesito unos segundos de concentración y sucede. Es lo único bueno que he sacado de todo esto. Si no fuera por mi nuevo «poder», ya no estaría en este mundo.

Por cierto, pillaron a los desgraciados que hundieron mi vida y, como soy menor, no tuve que ir a declarar. Mis abogados me tomaron declaración y con eso bastó, bueno y que los pillaron infraganti. Esos tres violadores asaltaban a chicas jóvenes; se movían por los barrios altos de Segovia y Madrid. Otras seis chicas fueron asaltadas además de mí. Algunas perdieron la conciencia y no pudieron ayudar demasiado con sus testimonios y otras se encerraron en una coraza tan fuerte que les fue imposible superarlo o volver a hablar del tema. Según me dijo la policía, todas ellas tenían también la marca del mordisco en brazos, piernas o cuello, y esa «marca de la casa» fue clave a la hora de identificarlos, bueno, eso y el rastro de ADN que dejaron en nosotras. Por lo que me ha dicho mi abogada, van a condenarlos a prisión permanente revisable. En veinte años, mínimo, no volverán a salir. Eso me da bastante tranquilidad, pero el daño ya está hecho. No solo me han violado y me han mutilado, me han matado. Porque mi vida se detuvo en aquel momento y nunca más volverá a avanzar.

Las campanas del convento ya no suenan. El primer día que llegué aquí del hospital y las oí

tuve un ataque de ansiedad y, desde aquel día, no han vuelto a sonar.

A veces, cuando estoy aquí sentada observando la vida que pasa a mi alrededor, ajena a mí, observo a la nueva novicia. Se llama Margarita y tiene 17 años. Cuando pasa por mi lado me regala una sonrisa franca y fresca, lo sabe, lo veo en sus ojos. Nunca se para a hablar conmigo, tampoco quiero, pero me sonrío, y es la única cosa que espero cada mañana.

Hoy se cumple un año, sor Aurora ha visitado a mi médico y este me ha recetado unas pastillas para que pueda dormir durante toda la noche, sedada como una loca. Hace unos días caí en la cuenta de que ya me he perdido el primer curso de bachillerato, ya lo habría acabado y estaría contenta y feliz, pero aquí estoy, metida en la cama esperando que las pastillas que me ha dado sor Aurora me lleven lejos, al menos por hoy.

Alguien entra en mi cuarto, me traen la comida como cada día y, como cada día, se la llevarán intacta. Pero hoy no es sor Ana; ella nunca me habla, solo acaricia mi cabeza y me besa en la frente.

—Hoy hace un día precioso. Los días pasan y no se recuperan y los vividos se olvidan con el paso del tiempo. —Es Margarita, la novicia.

A partir de ese día, viene Margarita con cada bandeja de comida y siempre me dice una frase que me da que pensar. Me doy cuenta de que esa chica es muy sabia para su edad, una sabiduría, quizá, adquirida a base de sufrimiento.

Los días se suceden con la misma dinámica: Margarita entra, me deja la bandeja, se para ante mi cama y me habla. Pero un día, al acercarse a mí, le cojo la mano y ella, aunque está sorprendida y casi asustada diría yo, me regala una sonrisa de las suyas. Le pido que se siente y me hable de ella, de su vida y de cómo llegó aquí. Su historia es triste. Me la cuenta de un tirón, como alguien que se quita una tirita rápido, para que duela menos. Resulta que la madre de Margarita, Rosaura, y el señor de la casa donde trabaja, tuvieron un romance y se quedó embarazada. Fue un escándalo en la familia, pues el señor tenía mujer e hija, y era gente de la alta sociedad madrileña. Los primeros años, Margarita y su madre continuaron trabajando y viviendo en la casa pues, aunque era un infierno, necesitaban el dinero. Pero cuando la hija de los señoritos que era dos años mayor que Margarita, la tiró por las escaleras, decidieron que lo mejor era que ella se fuera a vivir con sus abuelos. Rosaura siguió trabajando para los señores y Margarita vivió en Brunete hasta que sus abuelos murieron. Rosaura le pidió a su señor y padre de Margarita, que la trajera cerca de ella, nunca le había pedido nada, conservaba el trabajo a cambio de su silencio y le pagaban el sueldo que le pertenecía, pero en esa ocasión se armó de valor y exigió al padre de su hija ese favor. Al final se lo concedió; donó una suma importante de dinero al convento y las hermanas acogieron a Margarita. Para ella su madre es su mundo y su único familiar. Cada domingo coge el autobús hasta aquí y pasan el día juntas. Rosaura vive un infierno en esa casa, ya que la señora y la hija, conocedoras de toda la historia, la tratan mal, pero necesita el trabajo y no

puede renunciar, así que hace su trabajo y aguanta las humillaciones a cambio de un sueldo y de tener a su hija cerca. Rosaura es una luchadora y Margarita también. Sus vidas no son fáciles, pero siempre sonríen y agradecen lo poco que tienen y, para ellas, estar juntas lo es todo.

A partir de ese día, Margarita se convierte en mi amiga y poco a poco me abro a ella. Sé que es solo un paso, pero para mí es uno gigantesco. Alguien ha conseguido llegar a mí, conectar conmigo, acercarse... sin que salga corriendo.

Ya hace un año y cuatro meses y hoy las hermanas, lideradas por sor Aurora, me han hecho una encerrona. Cuando he ido a comer a la cocina, allí estaban mis amigas Irene y Lara. Me he quedado paralizada mirándolas. Ellas lloraban cogidas de la mano, esperando temerosas mi reacción y en ese momento lo he visto: el dolor que sienten por mí, el sufrimiento que han pasado todas las personas de este convento y que yo no he querido ver. Este dolor me ha convertido en un ser egoísta. No he pensado en el daño que mi actitud estaba haciendo a las personas que me quieren. Nos hemos unido en un abrazo silencioso que lo decía todo sin palabras. No lo sabía hasta ese momento, pero las he necesitado muchísimo y no voy a volver a alejarlas de mí. Me cuentan, me preguntan y les cuento todo con una sorprendente naturalidad. Me ha ayudado muchísimo, llorar y reír con ellas. Ha sido la mejor terapia del mundo. Y mientras las miraba, he tomado una decisión: no las puedo perder, no puedo seguir dejando pasar el tren de mi vida; tenemos que irnos juntas a estudiar a Madrid. Ese era nuestro sueño y lo vamos a llevar a cabo, pero para eso tengo que ponerme las pilas y prepararme para la selectividad. Ya he perdido un año de bachillerato. No pasa nada, tengo un año por delante para prepararme la selectividad y lo voy a hacer aquí. Por supuesto, Elo me ayudará. Lo conseguiré. Este año será un reto, uno de los muchos que voy a tener que afrontar. Tengo que estudiar, tengo que abrirme a los que me quieren y, lo peor de todo..., tengo que salir a la calle y exponerme al mundo.

Elo se ha puesto loca de contenta cuando le he dicho lo que me he propuesto. Todas las hermanas y sor Aurora han respirado aliviadas. Sé que es solo el principio de un camino, que será duro, pero al menos he empezado a andarlo.

Me alegra que Margarita esté conmigo, hablamos y me ayuda a estudiar, una amistad ha nacido entre nosotras como crece una flor en medio de un basurero. Lo voy a lograr, soy una superviviente, estoy rodeada de gente que me quiere y por ellas y por mí, voy a salir de esta.

Un truhan a tus pies



La señorita Amelia Thompson anhela, sobre todas las cosas, hallar el amor y tener una familia. Pero no pretende un amor apasionado, casarse con un hombre que simplemente le ofrezca cariño le es suficiente.

Callan Douglas, duque de Cumbria, es uno de los más afamados truhanes de todo Londres y solo piensa en encontrar a su próxima amante.

Sus vidas parecen marchar por caminos distintos, pero el destino hará que se entrecrucen...

Y el pasado revelará verdades desconocidas que los llevará a ambos a tomar las decisiones más inesperadas de sus vidas.

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Kathia Iblis

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-99-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 3

[1] Palabra escocesa que significa «inglesa». En este caso, el personaje lo utiliza de forma afectuosa.

Capítulo 7

[2] Vestíbulo.

Capítulo 11

[3] Palabra japonesa que significa «dragón». El personaje la utiliza de manera afectiva.

Índice

Un truhan a tus pies

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Kathia Iblis

Créditos

Notas